

LA IMPOSIBILIDAD DEL ENCIERRO

CRÓNICAS DE UNA PANDEMIA

VV. AA.



Dieci7iete
Editorial

Patricia Villegas

Jaime Mesa

Isaí Moreno

Victor Zadig

Jesús Ramón Ibarra

Valeria Villalobos- Guízar

Héctor Iván González

Alejandro Vázquez Ortiz

Yussel Dardón

Alejandro Badillo

Iván Ballesteros Rojo

Pamela Salinas Parra

Karina Almaraz

Erick Muñiz

- © La imposibilidad del encierro. Crónicas de una pandemia.
- © Jaime Mesa por “El caos de siempre”
- © Patricia Villegas por “Sistema cerrado”
- © Isaí Moreno por “SARS CoV-2”
- © Víctor Zadig por “Caminatas nocturnas”
- © Jesús Ramón Ibarra por “Un lector es una isla”
- © Valeria Villalobos- Guízar por “La eternidad por fin comienza un lunes”
- © Héctor Iván González por “Buenos tiempos, malos tiempos”
- © Alejandro Vázquez Ortiz por “La imposibilidad del encierro”
- © Yussel Dardón por “La nueva normalidad”
- © Alejandro Badillo por “Historia de Epidemiópolis, la ciudad del contagio perenne”
- © Iván Ballesteros Rojo por “Operación Carcosa”
- © Pamela Salinas Parra por “Primera fase, después del 8M”
- © Karina Almaraz por “El factor Gatell”
- © Erick Muñoz por “Nadia y la cuarentena”

Edición: Jaime Mesa



Diseño de maquetación: Verónica Leal

Fotografía de portada: Alejandro Vázquez Ortiz

Cuidado de la edición: Jaime Mesa y los autores

Dieci7iete
-Editorial-

Dieci7iete Editorial

  @17Editorial

1ª. Edición, 2020

Monterrey, Nuevo León, México

© Todos los derechos reservados: Portada, textos y contenidos, fotografía, ilustraciones, estilo y concepto. Queda prohibida cualquier tipo de reproducción de este libro, ya sea en fotocopia o por otros medios electrónicos y/o gadgets, ya sea de forma parcial o totalmente. Los textos y diseños son propiedad de su autor como se indica. Se prohíbe la extracción de textos, publicación, fotografías al mismo y exhibición en medios de Internet o en páginas de redes sociales sin el consentimiento del o los autores de este libro. De igual forma, se prohíbe el uso de este material en sitios web (incluyendo, sin limitación, textos, imágenes, fotografías, dibujos, marcas o logotipos, estructura y diseño de la composición de cada una de las páginas individuales que componen la totalidad del libro o del sitio web o Facebook, combinaciones de colores y códigos fuentes de los programas que generan la composición de las páginas).

Índice

Presentación	6
Las costumbres son una forma de resistencia	
Sistema cerrado	9
Patricia Villegas	
Una banda de rock que se llame “La nueva normalidad”	15
Jaime Mesa	
SARS CoV-2	25
Isaí Moreno	
Caminatas nocturnas	30
Víctor Zadig	
Un lector es una isla	37
Jesús Ramón Ibarra	
La eternidad por fin comienza un lunes	46
Valeria Villalobos- Guízar	

Buenos tiempos, malos tiempos	51
Héctor Iván González	
La imposibilidad del encierro	55
Alejandro Vázquez Ortiz	
La nueva normalidad	64
Yussel Dardón	
Historia de Epidemiópolis, la ciudad del contagio perenne	70
Alejandro Badillo	
Operación Carcosa	75
Iván Ballesteros Rojo	
Primera fase, después del 8M	98
Pamela Salinas Parra	
El factor Gatell	104
Karina Almaraz	
Nadia y la cuarentena	113
Erick Muñiz	

Presentación

Las costumbres son una
forma de resistencia

Salir o no salir. De eso se trata.

Tener que salir, deber salir o querer salir. Desde el “Quédate en casa”, asumido de distintas maneras, hasta la necesidad de traspasar la barrera e ir afuera. “Las llantas son las primeras en tocar el exterior, un lugar que en los últimos días es ajeno, que se convirtió en entorno de lo incierto, de la duda pero también de la necesidad”, dice Yussel Dardón en su crónica.

De eso se trata. De todo esto.

Desde 17 Editorial quisimos agrupar un puñado de dudas y preguntas, de enigmas y sobresaltos, de asombros que hoy nos envuelven de manera global. La mayoría estamos pasando por esto: un periplo hacia afuera o hacia

adentro (sí, como lo hemos hecho desde el principio de la humanidad pero ahora es otro, uno nuevo).

No podemos dejar de salir pero tampoco podemos quedarnos allá. Incluso, si mantenemos férreamente este encierro las múltiples ventanas de las pantallas de los teléfonos móviles y demás dispositivos nos convocan a esa nueva y, casi, multidimensional realidad: el mundo visto a través del filtro de internet y de los medios. Que es parecido a lo que realmente ocurre pero que, a veces, lo contradice.

Estamos en una etapa temprana de descubrimiento existencial. ¿De qué se trata esto? Hay conversaciones en Whatsapp y mensajes de voz, llamadas esporádicas, muchos tuits y noticias que parecen rumores y rumores que parecen noticias. Hay conversaciones en vivo (reales), sí, privadas, íntimas. Hay angustia, miedo, incertidumbre pero también esperanza. Un tiempo nuevo. La verdad se ha estancado porque no puede comprobarse, ni siquiera con una prueba de Covid-19, que ha dado varios falsos positivos. Cada día acudimos con asombro al descubrimiento de un engrane nuevo de la maquinaria, del sistema que, ante nuestros ojos, se va construyendo.

Pero las costumbres son una forma de la resistencia y desde ahí, enfrentadas al asombro de lo nuevo y descono-

cido es que se escribieron estos textos y se tomaron las fotografías que presentamos.

Decidimos retirar las fronteras entre géneros y en las páginas que siguen el lector encontrará, mezcladas y sin etiqueta, ficción, crónica, apuntes de diario, autoficción, vistazos periodísticos a lo *New Yorker* (como el de Karina Almaraz) que vuelven este libro un testimonio del aquí y ahora, tal actual y efímero como la realidad de esta época que nos tocó vivir.

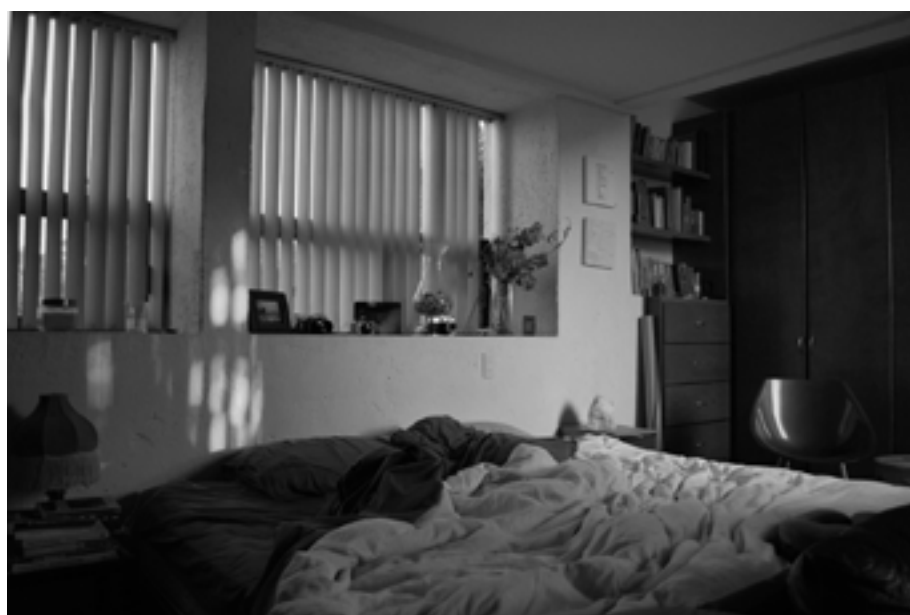
Sirva la lectura de esta antología prematura como un diálogo con la comunidad porque, aunque “todo lector es un confinado”, como escribe Jesús Ramón Ibarra en uno de los textos, el intercambio de las mareas que traemos dentro se vuelve espacio de identidad.

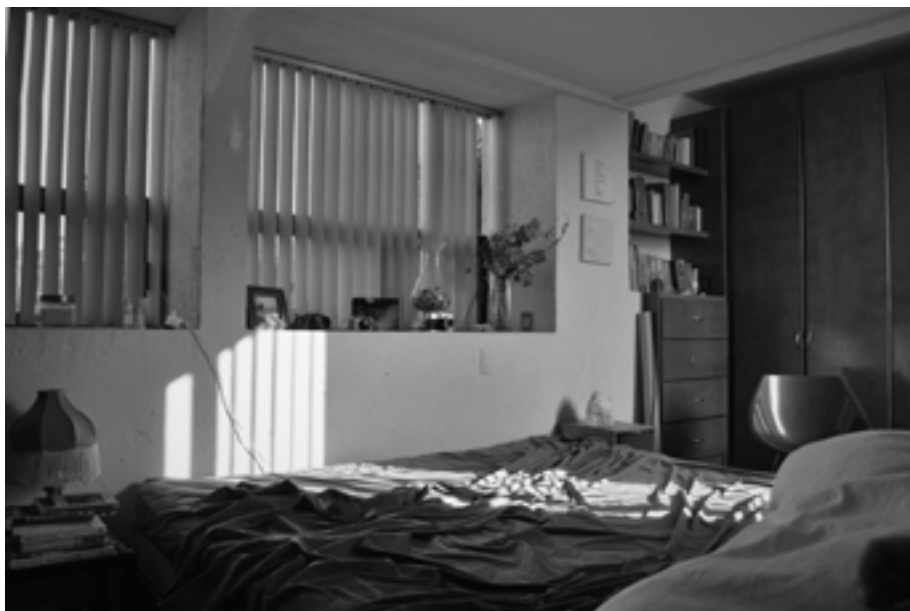
Dieci7iete Editorial

Sistema cerrado

Patricia Villegas











Una banda de rock que se llame “La nueva normalidad”

Jaime Mesa

Inicio este texto el 13 de mayo de 2020 a las 9:55 de la mañana. Lo he empezado ya otras cinco veces en el transcurso de las dos semanas anteriores pero, siempre, el ritmo o las ideas se ahogaban en una especie de asfixia natural propia del encierro: la incertidumbre, el “¿para qué”, el “¿hacia dónde?”.

Hoy acaban de presentar los “primeros pasos” (aún con incertidumbre, aún imprecisos) para empezar a salir y volver a esa supuesta normalidad que teníamos. Y, curiosamente, sentí esto que traduje en un tuit que acabo de poner: “Se me antoja sentarme a escribir ya, por fin,

la nueva novela y no salir. De eso se trata: de poder salir pero preferir quedarse”.

Supongo que lo que necesitaba escuchar era la palabra: “normalidad”.

He leído decenas (¿o centenas?) de textos al respecto del encierro, del futuro, del pasado y todo se ha vuelto una especie de nueva vuelta del New Age, con un deber ser tan preciso para no volver a lo de antes, a “esa” normalidad que teníamos. Me doy cuenta, quizá, que esta pausa de la humanidad, este respiro asustado, este encierro, servirá para que la humanidad siga haciendo lo que hasta ahora ha hecho. Idéntico, excepto que ya no habrá saludos afectuosos en la calle, habremos retrocedido en lo económico y en lo social, y un ejército de matices que no modificarán el impulso inicial, ese que ha sido registrado en la literatura desde el principio. Así que será idéntico pero peor. Y podremos intentar la reconstrucción desde lo cultural. Pero este texto iniciaba optimista.

“Creo que en realidad no importa. No importa guardar registro de tus palabras, fotos o videos. De los tuyos y de los del mundo”, me dice un querido amigo cuando le cuento en el grupo de Whatsapp que este texto (y otros) comienzan a fluir.

Entre los que escribimos se han marcado varios estados: el que no puede escribir (como yo) pero sí leer (como

yo); el que no puede ni escribir ni leer; el que puede escribir pero no leer; los que han guardado silencio hasta en redes sociales o los que nos vaciamos en Twitter todo el tiempo. Uno de los asuntos más hablados es si se puede hablar de “esto” que ocurre ahora. Yo creo que no y por eso me parece interesante la contradicción de esta antología porque al menos diez personas han pensado que sí y escribieron. La constante es que la mayoría son atisbos, apuntes de un álbum de dudas más extenso. ¿Qué está pasando? ¿Qué pasará?

Imagino por un momento todo lo que se escribirá o se está escribiendo sobre esta época.

Antonio Ortuño adelantó y desactivó, de manera irónica, este asunto que estaremos enfrentando, posiblemente, la siguiente década: la catarata de ficciones (y claro que también autoficciones) sobre la Pandemia por el Covid-19 que, además de los millones de enfermos y devastación social y económica, detonó el Gran Encierro que, desde hace un siglo, creo, no se veía. Ortuño, en uno de sus lúcidos artículos de El País, señaló (o regaló) tres tramas perfectas para que los escritores sean más eficientes y se apuren a teclear. Además, en una entrevista, señaló que, también durante una década o más, veremos una cantidad apabullante de cine y series norteamericanos sobre todas las aristas del tema: desde conspiraciones, hasta dramas

familiares, hasta científicos guerreros que encuentran la cura. Como tema, ponía de ejemplo la guerra de Vietnam en la que murieron unos 53 mil norteamericanos y que, como sabemos, ha sido uno de los pilares tanto de la literatura (y otras artes) hasta el gran cine hollywoodense. En Estados Unidos ya se ha superado trágicamente esa cifra debido al Coronavirus.

Una de las objeciones que yo podría poner a un boom del cine Post-Covid es que desde hace mucho Hollywood ha explorado el tema de “Virus aparece, amenaza con destruir a la humanidad, encuentran la cura” que, incluso, novelas como *World War Z*, con el tema zombie (que en mucho tiene que ver con enfermedad, encierro) ha trabajado exhaustivamente.

¿Queda algo más que decir? Si bien todas esas historias de virus desbocados se han probado una y otra vez, atendidos a ejemplos históricos pero, mucho más, a ejemplos que no rebasaban ciertos territorios y sólo seguíamos en las noticias, eran fruto de la imaginación y estaban potenciadas por la curiosidad sí pero también por el miedo. Era la gran pregunta: ¿qué pasaría si...? Entonces la diferencia es que pasó y está pasando. Probablemente lo que veremos, más que la trama tipo thriller, será una nueva etapa de reconocimiento hacia adentro, de Existencialismo Covid. “Death is the New Normal”, escribió Antonio

Ortuño en un tuit justo ahora que termino este párrafo. “Vaya tiempos medievales”, remata. ¿Por ahí irá la nueva literatura?

Ya lo sabremos.

A mí lo que me parece más interesante en términos literarios que, vaya, tampoco es una novedad, es que esta época es la demostración de que el caos siempre ha estado ahí, disfrazado de esa aparente normalidad de todos los días que es mentira. La pandemia solo descorrió el velo de lo que es. Las decenas de manifestaciones positivas o negativas del nuevo fenómeno le pusieron un lente de aumento, a lo Rabelais, a lo que ya estaba ahí. Nos recordó, de alguna forma, todos esos detalles. O los confirmó. Adormecidos por esa receta del capitalismo que sana con un producto un problema de la humanidad, caminábamos sobre hielo delgado. Pero empezó la primavera de la realidad y el hielo se empieza a disolver.

Además otro asunto llama mi atención: el hallazgo de una supuesta estandarización de la enfermedad. Algo que también es “nuevo” al menos en esta época.

Al principio, aunque invisible, el Covid-19 era un enemigo con señas particulares: parecido a la Influenza, viral, apareció lejos en China, “sólo” enfermará gravemente a dos de cada diez... Digamos, parecía algo que, si te cuidabas o no estabas dentro de los grupos de riesgo (mayores

de sesenta años, o con enfermedades crónicas) podrías mantener alejado de ti. Se parecía a otras epidemias duras y peligrosas, digamos, como el Sida, en la que había ciertos lineamientos que no debías traspasar: tal parecía que, si no tenías relaciones sexuales de riesgo o una mala transfusión o poco cuidado con las drogas intravenosas o hasta con tatuarte, estarías bien. De alguna forma, mala, eso ayudó a estigmatizar la enfermedad. Al principio, con el Coronavirus, nos enfrentábamos a un escenario más o menos parecido a otros anteriores.

Todo fue cambiando día a día.

La estigmatización producida por ciertas características de la enfermedad poco a poco se evapora. Todos los días aparecen reportes que nos hacen pensar que en el grupo de riesgo estamos todos. A veces el virus provoca infartos, trombosis en gente que no presentaba los síntomas habituales o que nunca las desarrolló. Ahora ya no sólo hay casos en adultos mayores a 60 años o con condiciones específicas de salud si no que hay casos en niños, jóvenes, adultos, en apariencia, sanos. Incluso, no está probada la inmunidad: nos podemos volver a infectar.

Parece que estamos volviendo a una suerte de normalización o democratización de la muerte. Es decir: ahora, como era antes, como siempre ha sido, ante la muerte y

enfermedades, todos estamos en riesgo. El azar vital que, también, tanta literatura nos ha dado. La mortalidad pues.

La vida, ya lo sabemos pero siempre lo olvidamos, puede matar a cualquiera en cualquier momento de miles de formas inimaginables. Esa es una de sus condiciones más rotundas. Y nosotros, desde la vida, equilibrábamos eso, pues claro, viviendo. Porque habíamos entendido que alguien puede fumar toda la vida y morir de viejo y alguien puede no haber fumado nunca y morir de cáncer de pulmón.

O alguien puede morir en un accidente refugiado en su fortaleza millonaria o vivir cien años en medio de un Apocalipsis. De eso se trataba la muerte: de que, a pesar de que había signos o condiciones de riesgo, podía llegar en cualquier momento, a quien sea y desde el lugar menos pensado.

Eso levantó, o ha levantado, decenas de credos o maneras de vivir. Vive como si fuera el último día, aprovecha el día, vive el presente, etcétera. Y esa conciencia, claro, también traía para nuestras mentes la idea de que podíamos vivir para siempre, de que éramos eternos. Una liberación, siempre, engendra un problema nuevo.

Ahora que el Covid nos ha vuelto a mostrar nuestra fragilidad que parece evidenciar que el mundo es caótico y que no tiene rumbo y que, quizá, ni siquiera tiene sen-

tido, volvemos a una suerte de asunto básico y de raíz. Es como si todo, de nuevo, hubiera cambiado drásticamente para mostrarnos que todo sigue igual. No es que hubiéramos controlado el caos, el caos existe y convive al lado de nuestra aparente y disparatada seguridad.

Somos carne con sustancia que va a morir pronto. A lo mucho en 90 años si tenemos suerte, si no cuando tengamos 70. ¿Por qué? Porque así es y no se puede evitar.

Si antes un condón podía evitar el Sida (y la muerte, al principio, y luego ya una enfermedad crónica) o hacer ejercicio y tener una dieta baja en sales, azúcar, calorías y grasa podría evitar ciertas formas de cáncer o infartos o mil enfermedades más, ahora ante el Covid-19 no hay prácticamente nada que podamos hacer en los próximos dos años (un año si somos muy optimistas) para no enfermarnos y entrar en ese dos de cada diez que mueren o que la pasan tremendamente mal. Vamos para allá. El 80 por ciento, lo han dicho, nos vamos a infectar sin duda. Y un porcentaje morirá... justo como hemos estado muriendo desde siempre.

No digo que esta estandarización o democratización de la muerte, la vuelta a los orígenes traiga algo bueno o sea bienvenida.

Si como escribió Ortuño, esta época parece la Edad Media y estamos, como varios signos parecen indicar,

dentro de un nuevo Oscurantismo, llegará otro tiempo. Y si es así, termino este texto con un raro y enigmático optimismo, vamos a regresar a la normalidad, no a una mejor ni nueva. A la misma. Volveremos a la vida y a la muerte.

Entonces alguien leerá lo siguiente y sentirá en un *déjà vu* curioso:

“Era el mejor de los tiempos, era el peor de los tiempos. Era la edad de la sabiduría, y también de la locura. Era la época de la fe, y también de la incredulidad, la primavera de la esperanza y el invierno de la desesperación. Lo teníamos todo, pero no éramos dueños de nada, caminábamos derechito al cielo pero tomamos camino a otro lado. En fin, esa época era tan parecida a todas las épocas, que nada de lo que aquí voy a contar debería, en realidad, sorprendernos. Nada. Ni el perdón, ni la venganza, ni la muerte, ni la resurrección.”

Lo sabía Charles Dickens en su tiempo y lo sabemos ahora nosotros.



Fotografía de Patricia Villegas

SARS CoV-2

Isaí Moreno

: entonces cada objeto había cobrado sentido para Jesús Salvatierra, ante todo los marcos de las ventanas, porque acotaban el exterior al que no podría salir por muchas semanas. Las palabras se le antojaron llenas de significado, más ahora cuando buscaba una palabra para sobrevivir. Pensó en la relación de las palabras con los objetos y la relación de las palabras con las propias palabras: no es lo mismo decir cordero que oveja, y menos borrego. Corde-ro tenía una connotación mística, se hablaba de oveja en un sentido de indefensión, y de borregos para referirse a quienes, allá afuera, habían inobservado la instrucción de quedarse en casa, contagiándose y contagiando ellos. Salvatierra no sólo se había precavido con víveres para tres meses, enlatados ante todo, un purificador de agua,

cajas de cereales, papel higiénico, gel de alcohol, linternas de batería recargable por si se ofrecía, y su inseparable radio de transistores. Le tranquilizaba haber procurado lo mismo para Melina. Salvatierra no tocaba los objetos, digamos el cenicero, digamos la llave del fregadero, digamos el picaporte de su puerta, a menos que les hubiese pasado un papel cubierto de cloro: los gérmenes asesinos podrían entrar por el orificio para la llave de la chapa. Con los humanos, los pocos de su círculo, el trato era, de preferencia por teléfono, nada de videoconferencias por internet. Ahí radicaba el problema, porque a Melina Mont, esa mujer que le abriera las puertas de su departamento madrugadas atrás, y con ello su vida cuando él tiritaba de frío por haberse quedado encerrado sin su llave, a ella sólo la llamaba cada noche, a pesar de compartir edificio. No contacto físico con nadie, la instruyó. No salgas tampoco. Nos veremos cuando acabe todo esto. Sin embargo, Melina le había puesto un ultimátum para verse. Melina Mont no era objeto, sino sujeto, así que Salvatierra repasó en su cabeza lo que haría. Abrir el picaporte, luego de desinfectarlo con gel. Bajar las escaleras cubrebocas reforzado en la boca, guantes de látex en las manos, goggles en los ojos, sin tocar la pared ni el barandal. Tocar el timbre de Melin Mont era riesgo, pero más aún lo era el tocar a Melina, si se daba el caso, si, por ejemplo, él había

pescado el virus antes de la Contingencia, y la contagiaba, incluso sin tocarla, respirando a unos centímetros de esa joven pecosa de coletitas. Por lo tanto, ¿qué sentido tendría verse? Mejor el teléfono. Estaba incluso dispuesto a una teleconferencia para verla en la ropa ligera que ella le aseguraba haberse puesto para él. Melina Mont disintió. O bajas conmigo o esto se acaba. O lo hacemos esta noche, le dijo, o lo nuestro se acaba con todo y mundo, te lo juro por el Apóstol. Salvatierra entendía el reclamo de Melina, prefería pensar, y se lo dijo por llamada de celular a Melina, que era mejor resguardarse, tener paciencia, y si el mundo se acababa, ellos lo repoblarían. Melina vociferó algo antes de colgar, hecho extraño para él, porque ella siempre estaba de buen humor y como diaconisa de su fe no pronunciaba palabrotas. Salvatierra lamentó no haberla llevado a su departamento durante ese encierro de mierda. Soy un imbécil, pensó. Se colocó decidido el cubrebocas. Tomó el alcohol en gel, sus guantes también. Y las llaves, no fuera a ser que se quedase encerrado como semanas atrás... Luego de meter la llave en la chapa de la puerta para salir, bajar decidido por Melina Mont, abrió Jesús Salvatierra para encontrarse que Melina Mont ya estaba ahí, a punto de golpear con los nudillos la madera de su puerta. Melina traía una playera blanca ajustada a su talle, un shortcito rosa y tenis ligeros. Su cabello pelirrojo

venía suelto. No cubre bocas. No guantes protectores. No gafas como barrera para el virus, que entra también por los ojos con su carga genética letal. Entró concienzuda, dueña del espacio con esa sonrisa franca. Salvatierra se quedó de una pieza. Una estatua era cuando Melina le retiró el cubre bocas, los guantes, tocándole la entrepierna antes de lanzarlo al sofá. Lo besó. Mientras la bajaba la cremallera del pantalón, le dijo al oído, con las palabras más tentadoras que él hubiese oído, que no había nada de qué preocuparse: un aura los protegía a ambos, la luz que emanaba de la Letra Muerta, letra que él como varón podría interpretar. Soy hija de María, por ello estoy rodeada de luz, corazón. La luz nos protege a los dos, la Luz del Mundo. No podía estar mintiendo, Melina Mont, cuando la mirada le brillaba, y se entregó él cuando ella le dijo que todo, absolutamente todo, está bañado de Luz.



Fotografía de Patricia Villegas

Caminatas nocturnas

Víctor Zadig

Ángel me dijo que fuéramos al baile en la Santísima, pero yo no quería. Le propuse que mejor hiciéramos lo de todas las noches: recorrer el pueblo hasta las tantas de la madrugada, platicar, quizás chingarnos un churrito de marihuana y regresar cada uno a su casa. Era nuestra rutina luego de que declararan la cuarentena, y, al menos en mi caso, fue lo único que me hizo sobrellevarla. Pero Ángel insistió, era la fiesta patronal y no estábamos muy lejos. Además, comentó, ¿no se te antoja convivir con otras personas? Le dije que sí, pero era mentira. Ya desde antes de la pandemia no era muy dado a convivir con otras personas. Terminé aceptando y los dos echamos a andar por las calles vacías de San Francisco.

Ángel y yo nos conocimos hace un par de semanas, coincidimos una noche por las calles cercanas al centro

del pueblo, escondiéndonos de las patrullas que hacían sus rondines hasta las dos o tres de la mañana y de uno que otro raterillo con más miedo que necesidad o ganas de robar. Yo había decidido salir de mi casa luego de reconocer que el confinamiento me estaba afectando; Ángel por la rebeldía propia de sus veinte años. Cuando me mandaron de la oficina a mi casa para trabajar fui feliz. La pandemia global me dio la oportunidad de habilitar un cuarto de la casa como oficina y estar todo el día con mi familia. Magda, mi esposa, y mis dos hijos se mostraron felices también.

Pero comencé a cambiar, y lo peor es que no me di cuenta hasta que tuve un acceso de furia contra mi hijo menor y me reconocí en lo que siempre juré que no sería: mi padre. Entonces comencé a buscar en internet técnicas de relajación para evitar decir esos estallidos donde, lo más doloroso, además del rostro de tristeza y miedo de mis hijos, fue reconocer muchas palabras que mi papá me decía a mí y a mi hermana cuando él estallaba.

Llegamos a La Santísima, una colonia que no goza de la mejor fama en el pueblo. Es el nido de criminales y narquillos de la zona. Y, en efecto, había fiesta: los vecinos se adueñaron de la calle principal; al fondo pusieron una tarima donde un grupo musical tocaba éxitos sonideros que yo ni conocía ni me agradaban. Ángel entró en ambiente

de inmediato. Esta gente es como nosotros, me dijo en voz alta. No cree en esas mamadas del virus, míralos que a toda madre están. Otro de los motivos de Ángel para no creer en la pandemia era que su padre sí creía en ella y en todas las teorías conspirativas que surgían en el internet. No tenían una buena relación, y eso me identificaba con él. Con el pasar de los días me confesó que su padre era un perfecto hijo de la chingada, su madre adoraba al viejo y no hacía ni decía nada sin la autorización de él, y que desde que se encerraron por la pandemia era cagarlo todo el tiempo entre los dos; habían incluso llegado a los golpes, varias veces. Por eso pensaba largarse apenas mejorara la situación, ya tenía ahorrado dinero para irse al norte y pasarse a Estados Unidos. Prefiero que me mate uno de la migra antes de seguir así, ya no lo soporto, me había dicho varios días atrás.

Nos acercamos al tumulto. Tuve la idea de que nos iban a rechazar por no ser de la colonia; pero qué va: fuimos recibidos como conocidos de toda la vida. Parecía que toda la colonia había salido a celebrar, había puestos de comida y de bebida, gente bailando y otros conviviendo muy cerca entre ellos. Aquel escepticismo me puso de nervios: yo sí creía en la pandemia.

Mi hermana era médico y, cuando hablamos, fue muy clara: aquello no era invento del gobierno, era verdad, y lo

mejor que podíamos hacer era encerrarnos. Pero luego, el encierro se volvió peor que la amenaza de salir e infectarse. Cuando los estragos de la convivencia diaria me desesperaban, me obligaba a calmarme, a dominar mi furia y decir palabras suaves que, por supuesto, no sonaban nada suaves; al poco rato todo se tranquilizaba y me sentía bien por haber evitado un problema, pero esto me dejaba agotado. Necesitaba algo que me ayudara a llevar todo el encierro, y caminar siempre fue una de mis actividades favoritas. Idee entonces salir a caminar por las noches, y, para no preocupar a Magda —que por supuesto no me lo permitiría— le daba a ella y a mis hijos somníferos en el agua un par de horas antes de dormir. No lo hice al azar. A mi hermana le inventé una historia de que nadie de los cuatro podía dormir, y ella de inmediato me recetó el medicamento y las cantidades para cada uno. Las primeras noches salía con los temores combinados: ser atrapado por la patrulla, por un ladrón o que hubiera administrado mal la dosis y mi familia jamás despertara. Con el paso de los días, todos esos miedos se acabaron.

Perdí a Ángel entre la gente. Muchos celebraban el poder salir, escuché pláticas a gritos repitiendo lo mismo que otros: “Ya no soportaba más estar dentro de mi casa”; “Mi familia es insoportable”; “Estábamos a nada de rompernos la madre mi vieja y yo, y por una pendejada”.

Todos se veían realmente contentos, incluso aquellos con sombrero y lentes oscuros que ni se molestaban en disimular las armas de fuego en sus cinturas. Esto, sumado al alcohol que quién sabe de dónde madres salía, me puso nervioso. Decidí que era hora de regresar y busqué a Ángel para preguntarle si se iba o se quedaba. Lo vi a lo lejos, cerca de la tarima, platicando con uno de los hombres de sombrero, lentes y armas. Pensé en irme sin decirle nada —se veía muy entrado en la plática con ese tipo—, pero luego lo pensé mejor: era mi compañero de caminatas nocturnas; al menos debía decirle que me adelantaba. Me abrí paso entre la gente con dificultad, todos querían ver al conjunto que era liderado por una joven de minifalda negra y cabello malamente teñido de rubio, que se contoneaba y cantaba con voz gangosa.

Salir en la noche fue mi salvación: el aire fresco de la madrugada, la tranquilidad de las calles fue mejor que sentarme a meditar. Regresaba a mi casa relajado y las pocas horas que dormía eran de un sueño muy profundo, plácido, que me reponía las energías. Por supuesto, mi esposa y mis hijos también despertaban de buen humor, luego de dormir plácidamente por horas gracias a las pastillas. Dos semanas después coincidí con Ángel: los dos corrimos de una patrulla que nos había descubierto; por suerte, él me guio a través de callejones y avenidas, fue

una aventura. Celebramos con un porro de marihuana y nos hicimos amigos.

Ángel me abrazó en cuanto llegué con él, me dijo que le diera un minuto y que luego nos íbamos de ahí. El tipo con el que hablaba era de sombrero, lentes oscuros. También tenía un arma, y yo procuré no mirarlo ni a él ni al arma. Estaba muy cerca de la tarima, y arriba de ésta la cantante tenía que bajarse constantemente la falda para que sus calzones no quedaran expuestos a todos los que estábamos en esa primera línea. Casi frente a mí, un par de policías gozaban de este espectáculo; uno de ellos, incluso, grababa con su celular, esperando el momento que a la joven gangosa se le olvidara cuidarse y mostrara de más; el otro vio que lo veía y yo giré la cabeza para evitar el contacto directo. Entonces vi que Ángel le daba unos billetes al tipo del sombrero; este le dio algo que no pude ver, pero me pareció que era un arma. Lo que fuera, Ángel se la guardó y me hizo señas para que saliéramos del lugar. Caminamos hasta el centro del pueblo, intercambiando impresiones del baile. Luego nos quedamos en silencio. En el zócalo nos dimos un apretón de manos y, para mi sorpresa, Ángel me dio un abrazo; dio media vuelta y se perdió entre las calles.

Nunca lo volví a ver.



Fotografía de Patricia Villegas

Un lector es una isla

Jesús Ramón Ibarra

A Élmer

El 24 de abril del 2011 fue asesinado Álvaro Rendón, el Feroz, cerca de la medianoche, en un tramo de la carretera México 15, en aquella época controlada por jefes de plaza del cártel de Sinaloa. La muerte eligió el 24, como el dramático cierre de un lector que se despide de las celebraciones de un día antes. Porque eso era Álvaro, un lector feliz. Un niño de visita en la plaza pública del lenguaje. Un interlocutor voraz y simpático de las tradiciones literarias que atraviesan el canon. Iba descubriendo, al margen de los planes de estudio de la facultad de letras (donde era maestro), los méritos de una literatura mexicana concentrada en el puño de una realidad abusiva, golpeadora, tenaz. Esa literatura, sin embargo, contrastaba con sus mane-

ras de enfrentar el mundo con cierta voluntad clásica. Se reconocía viejo para entenderle, por ejemplo, a algunos pasajes de La muerte me da, de Cristina Rivera Garza, y no se animaba a atacar la poesía de Alejandra Pizarnik, protagonista incidental de la trama. Leía, eso sí, con suma atención, a sus amigos (Eduardo A. Parra, Elmer Mendoza, David Toscana, Daniel Sada, César López Cuadras o la misma Cristina) quienes organizaban una legión silenciosa, agrupada sobre diversas épocas del México moderno.

Nadie se expresó mal de él nunca y eso lo convertía en una suerte de héroe luminoso, capaz de sostener con argumentos sus variados debates: las virtudes defensivas de Derek Jetter, la multiplicidad de puntos de vista en la narrativa, las marcadas diferencias entre el monólogo interior y el narrador en primera persona, la poderosa voluntad de triunfo de CR7 versus la naturaleza lírica de Messi, en fin.

Leyó poca poesía, pero sus lecturas trazaban un paisaje interior que se hacía visible a la luz de un tequila o un whisky. Era más de la vertiente de Ramón López Velarde que de Octavio Paz, y su sentimentalismo lo llevaba más por los pasajes —espinosos— de José Alfredo Jiménez que por el edulcoramiento prístino de Manzanero.

Observador sagaz, gran lector de novela negra, maestro de literatura que distendía sus lecciones entre los detalles de la técnica narrativa y la vida privada del autor y sus motivacio-

nes, Álvaro se sabía de memoria muchos inicios de novelas con sus respectivos finales. Sin embargo, nunca supo prever el suyo cuando manejaba aquella noche fresca de domingo, para enfrentar las balas arteras de un puñado de sicarios.

Lo que sigue es un ejercicio, pero también un recuerdo. Un ineludible homenaje a un lector voraz, atento y el dibujo de un posible escenario: su forma de enfrentar un suceso para el que, sin duda, nunca estuvimos preparados.

Diría, más como consigna que como queja: *Todo lector es un confinado.*

Diría: *Todo lector es un territorio dentro de un territorio.*

Diría también: *Todo lector es un personaje que solo imagina.*

Antes del encierro iría al supermercado a surtirse, sobre todo, de eso que se convirtió en una pasión legítima: el Dewars (favorito de Dean Martin, había leído en alguna parte). Y mucha cerveza. No faltará, claro, la excursión libresca en busca de hallazgos o novedades.

Le habría gustado, sin duda, *No contarle todo*, de Emiliano Monge, una novela que se desarrolla primordialmente en Sinaloa. Lo escucho hablando de las claves del libro y

de los escenarios reales que la historia matiza, mientras Élmer asiente con la satisfacción de un veterano de esas mismas batallas.

Me pregunto si seguiría adulterando la fórmula del *gimlet* con 7up.

Hablar del *gimlet* siempre era hablar de Raymond Chandler, el autor de *hard boile* que más le gustaba. Y también especular sobre los nebulosos escenarios de una literatura (la policiaca) basada en el dibujo de sus personajes, pero también de una estructura circular que giraba sobre el poder y sus diversas formas de corrupción.

Habría leído hasta dos veces *Canción de tumba*, de Julián Herbert, por mero gusto, sin hacer concesiones analíticas al concepto de autoficción. Sin preguntarse las diversas realidades que atraviesan el texto como cuchillos.

Ya no fumaría.

Los visos de una cardiopatía alimentada por el golpe-teo sordo de la hipocondría le harían dejar el cigarro.

Jubilado del servicio público, sus baterías las concentraría en sus hijos (de visitas que se irán espaciando por la contingencia), sus clases de letras y la apropiación de nuevos códigos para esa pedagogía informal que pasa, sí, por cierta filosofía de lo doméstico, el béisbol de las grandes ligas, citas borgeanas que aterrizan como aves espec-

trales en la blindada indiferencia de las chavas y chavos del grupo.

Se hubiera hecho amigo de Imanol Caneyada, sin duda.

Diría por enésima vez *Joe DiMaggio es el Faulkner del béisbol*. Nadie preguntaría por qué y él se concentraría en silencio en los 56 juegos seguidos conectando de hit.

Habría leído *Temporada de Huracanes* dos veces y se acordaría de McCarthy, Bernhard y el inicio de *El otoño del Patriarca*, el *tour de force* narrativo de uno de sus ídolos: Gabriel García Márquez.

Hablaríamos por teléfono o videollamada, regularmente, del regreso del futbol en todo el orbe, de aquellas Grandes Ligas temerarias y sus prolongados duelos de picheo en los años 80, de sus Yanquis de Nueva York y mis Atléticos de Oakland, de la tragedia angular de mi capilla deportiva, el Cruz Azul, y sus innumerables finales perdidas; hablaríamos de El Irlandés y eso nos llevaría al *Jame-son*, yo citaría el *Redbreast* que aparece en una novela de John Connolly y el *Old Bushmills* de Tom Traubert's Blues.

Lo imagino en mangas de camisa, short y chanclas, aplicado en sus ritos silenciosos mientras afuera el mundo se consume entre la sicosis, la furiosa e incorruptible norteñidad, el pánico a sucumbir de aburrimiento en su casa.

El Feroz sería la absoluta negación de un anciano: un hombre vital y sereno, adaptado a un molde tardío que se autodiseñó entre la rutina, el apego a la literatura como el triunfo —nada sonoro— de una soledad eficaz, creativa, disciplinada. Acaso se pondría a hacer un poco de ejercicio, mientras ve las noticias y confirma su animadversión por el actual presidente. En contraste, estaría de acuerdo con las autoridades sanitarias.

Odiaría las redes sociales, sobre todo twitter: ese despiadado montaje minimalista diseñado para alimentar fascismos, divisionismo, odio, discriminación y rabia social. En contraste, Facebook le seguiría pareciendo “Una cosa del diablo”.

Sigue sin leer ebooks. Ya usa Smartphone, aunque se congele, dubitativo, ante el naufragio de una comunicación humana que se apoya en stickers, memes y emojis.

Es un hombre de 72 años subido al bote bamboleante de una soledad autoimpuesta. Camina mucho. Sigue soñando. Ya no bebe al ritmo de esas relecturas compulsivas que le podían llevar toda una noche.

Se la pasaría hablando por celular con Liz sobre el amor, la amistad y la escuela. Y sobre una época donde el mundo era mejor porque era más inocente.

Le hablaría a Roni para referirle cómo el capitalismo salvaje se olvidó, dejó al margen, el material humano que históricamente lo sostuvo.

Diría también *un lector es un templo*.

Defendería la tesis: un lector que no escribe tiene voluntad crítica, es un antologador secreto que, en su memoria, cataloga rasgos, frases, anécdotas de esa historia secreta de la literatura.

“El Gabo decía que le daba temor volver a Faulkner, darse cuenta que finalmente sólo se trataba de un viejo con artimañas y trucos.”

“Cuando escucho a Ben Webster pienso: estoy en un departamento en Los Ángeles, tengo un bourbon en la mano, me asomo a la ventana y llueve, me rompieron el corazón no hace mucho; Chandler, no lejos de ahí, escribe justo esta escena y yo soy parte de ella. A lo mejor debí haberme llamado Marlowe.”

“Ya no mencionen la frase tejido social, por favor, me siento retazo de tela”.

“Hay mucha metafísica en el béisbol: la zona de strike, por ejemplo, no existe bien definida. Cada ampáyer tiene una. El significante es la zona de strike pero el significado puede ser un círculo, un triángulo, un pentágono o solo un punto de perfección en el espacio.”

“¿Qué has hecho en la cuarentena, Feroz?”

“Lo de siempre, leer un chingo, ver series, películas y beber tranquilo porque hay ley seca.”

Un lector es una isla.



Fotografía de Patricia Villegas

La eternidad por fin comienza un lunes

Valeria Villalobos- Guízar

*Al dolor de mi madre que acompaño
A Selma y Santiago que supieron estar a la distancia*

A mi abuela le gustaba heredarnos en vida. Yo no sé por qué. A ella no le gustaba incomodar, entonces no sé si nos cedía sus cosas poco a poco creyendo que así nos dosificaría su muerte y la pasaríamos un poco desapercibida cuando verdaderamente llegara. Es posible también que creyera que así al menos evitaríamos un par de rituales engorrosos y funestos. O tal vez nada tenía que ver con nosotros y solo sentía que entre menos cosas la ataran al

mundo más rápido moriría. No lo sé, pero llegar a su casa en sus últimos días era como llegar a un hotel de carretera, las habitaciones contaban solo con lo indispensable.

Mi abuela llevaba diez años acechada por una silenciosa estenosis mitral; silencio solo alterado por sus respiraciones sofocadas, que nos recordaban que la enfermedad estaba ahí a pesar de su ocultamiento, y sin importar el coraje del avance de la medicina, que parece siempre abarcarlo todo excepto lo que padeces de verdad. Cuando llegó la epidemia y murió, ese silencio trastocado nos lo terminó heredando también.

La visité durante los primeros días de la cuarentena y supe que moriría pronto cuando la encontré mirando con soslayo sus propias manos. La confirmación de ello llegó en muchas otras ocasiones en todo tipo de nimiedades. De pronto se me aparecía toda la vida en su plato lleno, por ejemplo. Le rogaba que comiera y solo me sonreía en silencio alejando simuladamente la comida mientras veía a ese otro lugar más quieto con los ojos indescifrables de los animales.

Mi mamá se mudó con ella para cuidarla de cerca, y mi papá, mi hermano y yo infringíamos la cuarentena para verlas todo el día y parte de la noche. Nos encerrábamos todos en su pequeño departamento. Guardábamos silencio la mayor parte del tiempo.

Una mañana no despertó, y así se mantuvo por tres días: inconsciente, pero con esa respiración tartamuda que era lo único que quedaba de la vida que recordábamos. Con las calles vacías y el sueño desajustado por el contagio, ese ir y venir de su respiración tortuosa se volvió nuestra forma de intuir los días siguientes. Sus roncas inhalaciones eran una bisagra que nos anunciaba la ausencia por venir.

No había doctores a los que acudir. Ir a un hospital era solo cambiar la muerte de causa. Lo único que pudimos hacer por mi abuela fue conseguir el apoyo de una anestesióloga y dedicarnos a inyectarle lo que por teléfono nos indicó. Hora tras hora le llenábamos el cuerpo con medicamentos para el dolor y la ansiedad. Yo era la única que sabía inyectar, así picoteaba su delgada piel que se agrietaba como si fuera un papel quemado.

Finalmente, la mañana de un lunes, la respiración que nos había estrangulado por días cesó en un sollozo ahogado y mi abuela murió. Así, sin más.

“Ella no quería que se la comieran los gusanos”, repetía mi madre al estrujar las sábanas de la cama en la que yacía mi abuela, como si recogiera la tierra de su tumba a manos llenas. Mi padre la consolaba entre llamadas a distintas funerarias, que atestadas de trabajo le exigían explicar con claridad las causas de muerte y le sugerían

los paquetes funerarios con los que podía evitar el velorio y dirigir el cuerpo directamente al crematorio.

Horas después, llegaron un par de hombres con trajes aparatosos y se la llevaron. Algunos vecinos se asomaron en silencio desde sus ventanas para ver quién se atrevía a salir a la calle y la vieron partir para siempre.

Después de todos los trámites regresé a mi casa. Había dejado un par de platos sucios en la mesa, me puse a lavarlos contemplando por un largo rato los azulejos roídos de la cocina. Luego preparé con torpeza algunos pendientes que debía resolver en la semana. Era como si de verdad fuera lunes.



Fotografía de Patricia Villegas

Buenos tiempos, malos tiempos

Héctor Iván González

Empiezo estas líneas con los primeros batacazos de Jason Bonham en el concierto *Celebration Day* de Led Zeppelin. Como saben todos, fue Jason, el hijo del egregio baterista de la banda, John, quien supliera a su padre en ese concierto de reencuentro en 2007. Precisamente, con “Good times, bad times”, abrió la banda con unos Jimmy Page, John Paul Jones y Robert Plant sexagenarios que transmitían “miles y miles de emociones” a partir de su característico *heavy metal* que nos ha volado la cabeza por años. Lo curioso es arrancar con una música que siempre me acompaña en mis trayectos en bicicleta a través de la ciu-

dad en un momento en que la pandemia nos ha orillado a confinarnos.

Por una extraña razón, tengo la convicción de que todo lo que viva me servirá para escribir. Salud, enfermedad, dolor o placer, todo lo que encuentre en mi camino será usado en un escrito, no sé si tarde o temprano, pero lo usaré si deja una huella en mí.

Incluso podría afirmar que me interesa más leer y escribir que vivir. Cuando he pasado por situaciones intensas o de riesgo, siempre hay un segundo en el que me pregunto si podré pasar aquello a una página en blanco, si habrá oportunidad de crear el ambiente para repetir una escena idéntica a la que viví.

Justamente ahora, que vivimos una situación anómala, trato de poner atención en cómo reacciona mi cuerpo, mi piel. Las sensaciones son más próximas. El otro día me metí a la regadera y viví un verdadero alivio, era demasiado placentero sentir el impacto de las gotas de agua. Me llamó la atención que algo cotidiano se volviera tan agradable. Rindo culto al regaderazo, mi padre me hizo asiduo al sauna, pero esto era algo diferente. El simple contacto del agua se volvió algo tan placentero, equiparable a las caricias y a los lengüeteos de una mujer hermosa en la intimidad.

Incluso, un día que tuve que salir a hacer la compra, y que pasé por una sombra que imponía un árbol frondoso, viví una sensación reconfortante al percibir la transición de la luz quemante, el aire seco y la forma en que el viento resquebrajaba el calor y los volvía fríos en un trayecto de mi camino. Fue como si me hubiera internado en un viento afilado que aligeraba mis pedaleadas. El aluminio de “Dominika”, mi bici, también se templó como los potros después de que se revuelcan en un charco de lodo. Di una bocanada de ese aire húmedo igual que si fuera un trago de cerveza recién sacada de la hielera. Tan sólo fue durante un instante, acaso unos pocos segundos, pero viví una forma de placer.

En su contraparte, hay bastante que experimentar, en esta rutina de no afeitarse, de no planchar camisas, de ser víctima de caminar los mismos metros cuadrados mientras empiezas a llenarte de sudor y sentir lo pegajoso que se pone el tiempo, ahí también hay un aprendizaje. Siempre he coincidido en la idea de Montaigne de que, para conocer al ser humano en su dimensión, basta con encerrarse a solas en un cuarto lleno de libros y se tendrá al alcance de las manos el tremendo cúmulo de pasiones, proyectos, sueños y demás desequilibrios que haya alcanzado la humanidad. En esta forma aletargada en que hemos sido enjaulados somos como la pantera de Rilke

que recorre de un lado a otro las dimensiones de su prisión, pero que no por eso ha sido cautiva, *tout au contraire* el confinamiento puede ser una implosión de grandes dimensiones. Si afuera está el Covid-19 o como quiera que se llame, puertas adentro hay un huracán que es la imaginación, la memoria y la curiosidad que revuelan, se imbrican y retuercen en una sola cabeza, la nuestra, aun con malos tiempos.

La imposibilidad del encierro

Alejandro Vázquez Ortiz

















La nueva normalidad

Yussel Dardón

La necesidad es un perro sin dientes, una bestia de rabo pulgoso y patas sarnosas. Es la constante en un sistema de riesgos. “No salgas”, piensas. “Pero no hay de otra”, te respondes. No queda sino coger aire y seguirle los pasos a ese monstruo famélico que resopla en las esquinas, que con su mirada tuerta te pide avanzar, adentrarte a la nueva normalidad.

“Ahí voy”, te dices. Respiras hondo, muy profundo, sueltas el aire y sonrías.

—¡Con cuidado! —te pide tu esposa con voz suave.

—Sí, no te preocupes —respondes de forma automática. Notas nerviosismo en su mirada.

—¿Me traes un chocolate? —pregunta tu hijo, quien siempre encuentra formas para hacerlos sonreír, incluso en este estado de incertidumbre.

—Sí, te lo traigo.

Subes al auto: guantes, cubreboca, gel antibacterial, toallas desinfectantes, botella de agua, cartera, teléfono, lista de supermercado. Enciendes el auto y arrancas. Las llantas son las primeras en tocar el exterior, un lugar que en los últimos días es ajeno, que se convirtió en entorno de lo incierto, de la duda pero también de la necesidad.

Antes de tomar camino bajas la ventanilla, miras a tu esposa e hijo que te despiden con la mano. Respondes el gesto, les sonríes.

—Mi chocolate —recuerda el pequeño.

Conduces.

Desde la cápsula mecánica observas el extraño nuevo rostro de las calles: pocos vehículos, algunos negocios cerrados, personas con cubreboca o caretas transparentes que caminan arrastrando los pies; pero también hay quienes caminan con seguridad, sonrientes, desafiantes, abrazándose, burlones.

Te detienes en un semáforo donde un vendedor de gelatinas platica con la señora de los tacos de canasta. En su mirada se distingue la incertidumbre, el miedo, la necesidad de salir porque si no lo hacen se quedan sin comer, sin pagar renta, servicios o préstamos. El perro desdentado de la necesidad gruñe.

Observas el cielo y distingues el vuelo de unas garzas. Tocan la bocina para que avances. Giras a la derecha y conduces hasta el supermercado. Estacionamiento lleno. La gente se apresura a subir su despensa a los autos. La velocidad con la que realizan sus movimientos parece servirles para “espantar” el virus.

Bajas del auto y te diriges, con cubreboca y guantes, a la entrada del supermercado, donde se encuentran dos patrullas y un grupo de personas histéricas. Un hombre tirado en un charco de sangre. Niños que lloran alrededor del cuerpo que no se mueve. Se escucha la sirena de una ambulancia. Sigues de largo y entras.

Adentro las personas utilizan sus carritos para abrirse paso a toda velocidad. “¡A un lado!”, parece ser la frase que habita en su cabeza.

El sonido peculiar de los armatostes de metal musicaliza lo que sucede adentro: un señor choca con otro. Tsssh. Alguien le arrebató una caja de cereal a una mujer. Tsssh. “¡Ya se acabó la mayonesa!”. Tsssh. “¡Vámonos, aquí compra puro piojoso!” Tsssh. “Lleva cervezas”. “Al niño no le gustan esas galletas”. “Esa persona estornudó y no se tapó la boca”. Tsssh, tsssh, tsssh.

Llegas a la zona de cajas con todo lo de la lista. La cajera, con cara de hartazgo te ofrece una recarga telefónica. Las costumbres son una forma de resistencia. Recuerdas

el chocolate que le prometiste a tu hijo y lo coges de uno de los estantes que te flanquea. Colocas tus compras en el carrito porque ya no hay personas que empaquen. Descubres que usar las bolsas de supermercado es un arte porque no cualquiera puede abrirlas a la primera, o a la segunda, que no cualquiera puede hacerlo sin chuparse los dedos o soplándoles.

Sales del supermercado. Ya no está el herido, o el muerto. Tampoco la sangre.

—¿Qué pasó? —preguntas.

Nada. Un tipo le pegó al señor porque venían peleando desde adentro del súper, creo que porque se llevó todos los galones de agua que había.

“Nada”.

Acomodas las cosas en la cajuela, sacas el chocolate de una de las bolsas y lo pones en el asiento del copiloto. Subes al auto, te quitas guantes y cubreboca para después limpiarte con los artilugios que llevas. Desinfectas el volante y conduces de regreso a casa.

Tocas la bocina. Abre tu esposa. Metes el auto. Bajas, te recargas en el vehículo y te quitas zapatos, pantalón y playera. De acuerdo al plan que diseñaron te limpias una vez más, te enjuagas las manos con jabón y te visitas con la ropa que tu mujer ya tenía lista a la entrada. Entre los

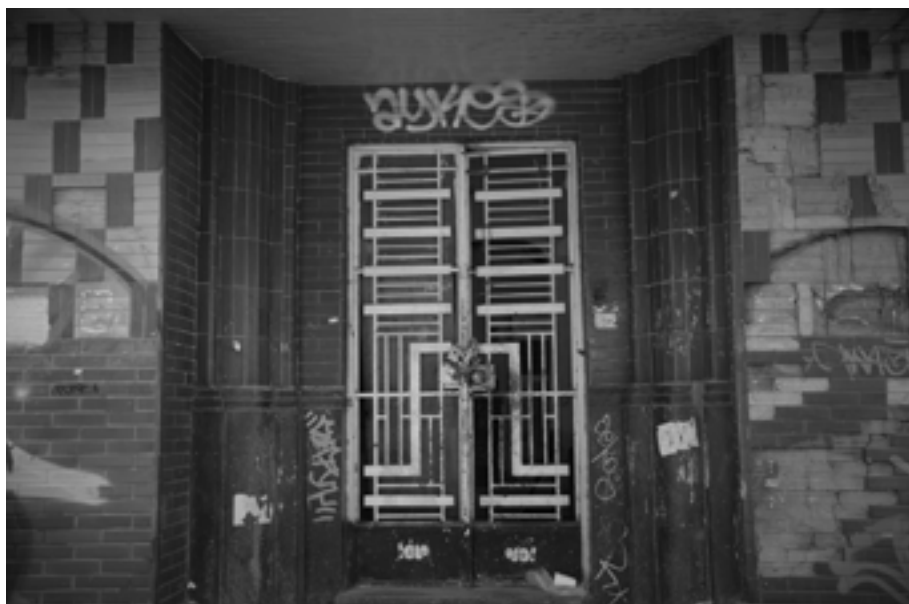
dos rocían desinfectante a las cosas del supermercado y esperan unos minutos antes de meterlos a casa.

—Trajiste mi chocolate —pregunta tu hijo.

—Sí. Tenlo —respondes mientras regresas al auto y coges el chocolate, lo limpias con una toalla húmeda y se lo das. Sonríe.

—¿Qué tal? ¿Cómo te fue? —pregunta tu esposa con ganas de que le digas con lujo de detalle lo que viste, con el deseo de saber que el mundo sigue ahí.

—Bien, todo tranquilo, normal —respondes mientras el perro de la necesidad te lame los pies.



Fotografía de Patricia Villegas

Historia de Epidemiópolis, la ciudad del contagio perenne

Alejandro Badillo

Me hallaba errando como un extranjero en la Tierra, abrumada mi paciencia por la tiranía, la sofística y la hipocresía, cuando llegué a las costas de un país desconocido. Bajé de la nave que había sido mi hogar durante innumerables jornadas. Un ave miró mis pasos vacilantes en la playa. El calor inundaba con su fiebre las cosas: mi alforja, un catalejo medio oxidado y un montón de hojas amarillas, olorosas a humedad, pero que aún servían para anotar las

incidencias de mi viaje. Caminé guiándome mientras el clima cambiaba, se hacía más frío, se enturbiaba. Estaba atento a cualquier estímulo: el lento fantasma de una nube o el primer bosquejo de una ciudad. Atrás quedaba la voz del mar, su vida blanca que me había llevado hasta esa zona.

Después de dos jornadas de viaje, a punto de agotar mis provisiones, llegué a una casa solitaria. Llamé a la puerta de madera. Escuché una voz de mujer murmurando algo ininteligible. Después hubo pasos que se acercaron a la puerta. Le dije que era un viajero fatigado, harto de los espejismos del mundo, y que necesitaba un poco de comida y descanso. Entonces, desde el otro lado, la voz de mujer se aclaró y, liberada de su peso, me dijo que había llegado a Epidemiópolis, la ciudad del contagio perenne. Añadió que, a partir de su hogar, había otros más, separados convenientemente para evitar contagios entre sus habitantes. No podía dejarme entrar, pero me ofrecería un poco de comida y agua para que pudiera seguir mi camino. Le agradecí extrañado, pero, al mismo tiempo, con vivos deseos por saber más de su historia.

Se abrió la puerta y una mano temblorosa empujó un par de frascos con conservas y una botella de vidrio con agua. Esperé a que la figura, embozada por la penumbra que proyectaba la casa, desapareciera. Imaginé que la mu-

jer pasaba largas jornadas en soledad y que mi compañía, aunque lejana, la aliviaba. Al acabar un par de tragos que calmaron mi sed, la voz volvió: me dijo que en una edad antigua una feroz epidemia asoló todos los rincones de ese mundo. Los sobrevivientes de esa región, ancestros lejanos de ella, después de enterrar a sus muertos, trataron de seguir adelante con sus vidas. La enfermedad que había originado todo, siguió la voz, se había salido de control, como una bestia que embosca después de un acecho breve. Quizás fue la soberbia de los hombres que subestimaron los contagios. Quizás fue que la humanidad de ese tiempo había llegado a un límite. Los que quedaron tuvieron periodos breves de prosperidad. Sin embargo, cuando creían que la maldición había terminado, la enfermedad regresaba para diezmarlos. No había medicinas ni estrategias para derrotarla. Cada vez que los últimos náufragos de la fiebre –unos puñados de dolientes– pensaban que había llegado su fin, el contagio se interrumpía y recobraban la salud. Varias generaciones vivieron para sufrir un exterminio que solamente se detenía cuando ya no había esperanzas.

La voz pareció menguar. Imaginé a la mujer recolectando, en silencio, los restos dolorosos de su memoria. Continuó su historia desde el otro lado de la puerta: me dijo que la gente, teniendo la terrible certeza de que la

pesadilla los seguiría a todas partes, habitó la ciudad sin interrupciones. Reconstruyeron algunos edificios esperando que la labor les hiciera olvidar, aunque fuera por un momento, la amenaza que pendía sobre sus cabezas. Para entonces ya habían olvidado el primer nombre de la urbe y comenzaron a referirse a ella como Epidemiópolis, la ciudad de contagio perenne. Algún habitante escrupuloso grabó, en una de las calles centrales, que la enfermedad repetida una y mil veces era, en realidad, un mecanismo regulador, una cosecha de muerte necesaria para evitar que los habitantes Epidemiópolis se fortalecieran, pensaran que Dios estaba con ellos, y salieran a conquistar el mundo. Era un equilibrio autoritario, es cierto, pero aceptado paulatinamente por todos. La voz de la mujer se desvanecía e imaginé a una viajera luchando contra violentas rachas de viento. Antes de extinguirse, contaminada por una tranquila locura, alcanzó a decirme que la epidemia era la vuelta matemática de los astros, el eco monstruoso de una gota, la línea del mar que siempre vuelve a la playa para borrar todas las huellas y que asedia a las piedras hasta darles una forma continua. La gloria sea con Aquel que no se nombra.



Fotografía de Patricia Villegas

Operación Carcosa

Iván Ballesteros Rojo

*A veces creo que el mal es todo
y que el bien es sólo un bello deseo del mal.*

Antonio Porchia.



Necronymous

5 horas

El mal ya no es el mal. Los gobiernos trabajan para una élite fija. Las iglesias son madrigueras de pederastas. El bien ya no es el bien. Los papeles se han invertido. El bien es sometimiento. El bien es un discurso al que tienes que rendirte. El bien es el te-dio de lo impuesto. La ilusión de la permanencia. El culto por las cosas. El bien es un club de asesinos que buscan controlar cada decisión que tomes (antes que las tomes). En cada mugroso pensamiento que tengas ellos quieren influir, imputar. El bien nunca

estuvo tan alejado del mal. Recuerda, como si fuera un mantra, siempre recuerda: *lejos del mal los seres se marchitan*.



600



Me gusta



Comentar



Compartir

Ver 200 comentarios más



Necronymous

2 horas

Vengo señalando que el templo de Satán es como el mar: dispuesto siempre a recibirte en cuerpo y espíritu. Es la opción de libertad psíquica más acorde con los seres humanos de este momento histórico. No se trata, como te han hecho creer, de sacrificar animales. Nada más inútil que eso. Tampoco de adorar pornográfica y sanguinariamente a la figura del diablo. No me refiero a misas negras. Todo eso es para fanáticos. Me refiero a filosofía oculta, libertaria. Te hablo de la última oportunidad que tienes para conocer la verdad. La que sólo puede iluminarte en el bajo astral. El libre albedrío está a punto de desaparecer. Se viene un escenario de control masivo. Se viene un lavado de cerebro mundial. Tengo información valiosa. ¡Contáctame!



458



Me gusta



Comentar



Compartir

Ver 123 comentarios más



Necronymous

7 horas

Las distintas ideologías se han convertido en pasillos de supermercado. El pensamiento que tú representas no es parte de ninguna causa humanista ni intelectual; ni siquiera persigue equilibrios en los derechos humanos, en este caso los derechos de las mujeres. Estoy consciente que decirlo así suena a locura. Después de todo, los que ejercen el poder han disfrazado a la verdad de tontería. Un disparate. Un chiste contado por un lunático. La verdad hoy es catalogada como una teoría más de la conspiración. Te lo digo. No soy machista ni facho. Estoy documentado por fuentes irrefutables. NO EXISTE ESO QUE TÚ LLAMAS IDEOLOGÍA DE GÉNERO. Que mañana salgas a marchar es parte de un plan orquestado por los hombres más poderosos y criminales del mundo. Por la descendencia directa de la Santa Inquisición. Tus acciones están financiadas por ellos. Que pasado mañana desaparezcas también es parte de su agenda. Sé que es molesto leer lo que aquí digo porque te sientes parte de un movimiento, de una generación que está logrando cambios. Sé lo que pasa cuando un desconocido rompe tus visiones en una Red social. Lo he experimentado en carne propia. Es chocante y hasta puede que me consideres un violentador. También puede ocurrir que en lugar de llamar tu atención la repela; sin embargo, este medio es el más adecuado para que te enteres. Si realmente quieres abrir

los ojos y conocer qué es lo que se propone este club tan poderoso como siniestro; este orden que busca instaurar un régimen mundial, todavía más controlado por el horror colectivo, la división social y el hacinamiento, tienes que escribirme. Si no me crees, por lo menos documéntate y toma una perspectiva personal. Se vienen tiempos oscuros para la humanidad. Tengo información valiosa. ¡Contáctame!



1554



Me gusta



Comentar



CompartirVer

320 comentarios más



Necronymous

Hace un momento

Lo peor que podría pasar es que creas lo que dicen los medios. En unos días la OMS, el brazo institucional de los conspiracionistas, elevará a categoría de pandemia la enfermedad que supuestamente está ocurriendo en Wuhan, China. Si ya viste los videos, que claramente buscan generar psicosis, donde los habitantes de esta ciudad están cayendo como moscas en las calles, no te reflejes. No te pasará a ti. Cuando este virus falso supuestamente llegue a Europa nos obligarán a encerrarnos. ¡Sí, a toda la humanidad! Nos harán creer que vivimos una peste tipo Edad Media. Nos obligarán a temer a nuestros vecinos y al personal médico. Aislaremos a nuestros adultos mayores y muchos morirán solos,

sin cuidados ni cariño, en centros de salud rebasados más por el miedo que por el nuevo virus. La economía mundial colapsará. Los animales rastreros que están promoviendo esto desde las sombras, recogerán todo lo que se desmorone y serán, literalmente, los dueños del mundo. ¡Entérate! El estado de sitio llegará a América y tú sentirás miedo. Un miedo que, desde ahora, ya están sembrando en ti. Estás a tiempo de abrir los ojos.

Lo sé, ¿cómo el vocalista de una banda satánica quiere alertarnos sobre un panorama de caos? ¿Qué lo califica para decirnos esto? Luzbel siempre ha sido la respuesta. Él es el libertador desde de los tiempos mitológicos. Él es el único que ha enfrentado a la hegemonía cósmica. Satán es el rebelde que ha mantenido ese sueño que hemos tenido tantos: el de la emancipación. Tengo información valiosa. ¡Contáctame!



12



Me gusta



Comentar



Compartir

Ver 9 comentarios más



Necronymous

4 horas

Dicen que llegó el virus a México. Pero ese virus llamado Covid-19 ¡NO EXISTE! Son las antenas 5G las que provocan los síntomas descritos por los diseminadores del terror. Por los dueños de los medios masivos de comunicación. Ahora eliminarán a un buen

número de individuos que ellos llaman *merma humana*. Personas con enfermedades crónico-degenerativas. Quieren dejar de pagar sus pensiones y de atender su derecho a la salud pública. Nuestros viejos ingresarán a los hospitales y ya no los volveremos a ver. ¡No dejes que se lleven a tus abuelos, padres y seres queridos! Lucha por ellos. ¡No son apestados! ¡No los apartes de tu lado! Dale agua caliente con bicarbonato, ajo y té de manzanilla cuando comiencen con los síntomas. ¡Si no lo hacemos, morirán por miles!

Ya lo he dicho en otras ocasiones: la verdad ahora se percibe como un asunto entre fanáticos. Entre ignorantes. ¡Todo lo contrario! Te tendrán resguardado en tu casa durante lapsos muy largos. No te dejarán transitar libremente. Harán añicos los derechos humanos. Después del caos, de la desolación y la muerte, dirán que tienen una vacuna. La promocionarán como la solución final contra la pandemia. Esa vacuna será el inicio de un nuevo orden mundial. El sistema de control más abusivo y repelente que puedes imaginar. Y lo peor de todo, tú querrás esa vacuna para dejar de sentir miedo. Instalarán un chip en ti que en realidad será el bozal con el que asegurarán tu obediencia.

Las novelas de ciencia ficción se quedarán cortas. ¡No podemos llegar al punto de la vacunación masiva! Si dejamos que esto ocurra habremos cavando nuestra propia tumba. Estaremos concluyendo con la civilización, que no han dejado avanzar durante estos dos milenios desde el arribo del pescador, y abandonaremos

en sus manos y mentes arcaicas lo que resta de vida en la tierra. El cristianismo, que fue durante un par de milenios el sistema de control de los poderosos, ha caducado. Sin embargo ellos quieren seguir aferrados al poder. Tengo información valiosa. ¡Contáctame!



1366



Me gusta



Comentar



Compartir

Ver 320 comentarios más



Necronymous

Hace unos momentos

Seguiste el diseño. El llamado de los opresores. Por cierto, me encantó que rompieran propiedad del gobierno. Que atemorizaran feligreses en la santísima catedral. ¡La única iglesia que importa es la que arde! Aquí veo un signo: no pueden controlar el coraje honesto. La manipulación no puede ocultar la verdadera rabia. Ahora falta encausar toda esa energía. Hombres y mujeres pensantes. ¡Sólo queda una semana de mundo tal y como lo conoces! ¡Abraza a mi padre Ba'al Z'vûv! ¡Arrójate de una vez por todas a la verdadera libertad del espíritu y de la carne! Tengo información valiosa. ¡Contáctame!



9



Me gusta



Comentar



Compartir

Ver 11 comentarios más



Necronymous

7 horas

El sábado 14 de marzo será una tocada especial para Zemunín. Quizá la última que haremos en mucho tiempo. ¡No faltes! **Ne-**

cronymous está con **Bar Inferno**



2500



Me gusta



Comentar



Compartir

Ver 320 comentarios más

Solicitud en campo específico: “Operación Santa Teresa”

Usuario: Necronymous.

País: México.

Estado: Sonora.

Ciudad: Santa Teresa.

Ubicación: Paralelo 0°53’ de latitud norte y a los 111°24’ de longitud al oeste del meridiano de Greenwich, a una altura de 600 metros sobre el nivel del mar.

Descripción: Persona de complexión gruesa con un problema evidente de sobrepeso (165 kilos). Estatura 1.95. Blanco de ojos verdes y cabello largo. Tiene tatuajes en gran parte de su cuerpo. Sus hábitos de vida son deplorables. Sin embargo, se ha observado un cambio en dichos hábitos desde que inició una relación (hace diez meses)

con Adela Luken Cifuentes, alias “Adela Noruega” (no hay registros en bases de datos para el alias y su nombre cuenta con un perfil que no es alimentado desde el 2016. Un perfil que no dice nada).

Característica del inconveniente: Posible reclutamiento.

Conectividad del individuo: Común. Distribuidor local/nacional. Empresas UltraCable y CreCel. Fibra óptica/4G (indistintamente). Tenemos acceso a los registros.

Exploraciones de alerta en el último semestre: 182 sitios. Servidores que albergan documentos filtrados y propaganda (algunos en DarkWeb por medio de Onion/Tor). Conferencias filtradas en YouTube que ya fueron removidas.

Motores de búsqueda: Comerciales. La finalidad del usuario se ha concentrado en propagar mensajes potencialmente peligrosos. Siempre existe la posibilidad que sus contactos lo tomen por un divertido chiflado (como se muestra en la estadística, su nivel de desaprobación es del 35 por ciento entre sus contactos directos); sin embargo, al ser vocalista y líder de una popular banda de su comunidad, cuenta con cierta influencia.

Índices secundarios: Pornografía siniestra y tradicional (indistintamente) y material underground sobre música europea.

Identidad: Su avatar ubica a un hombre caucásico de 33 años que responde al nombre Jacinto Méndez Torres (99 por ciento de certeza) de ocupación mecánico eléctrico automotriz y vocalista de una banda de BlackMetal llamada “Zemunín”. Según los datos, vive en casa de sus padres.

Fuente de documentación: No identificada.

Medios de propagación: Facebook/Twitter/Instagram/YouTube y la página zemunin.com

Nivel de audiencia: Inferior pero incrementando con la coyuntura feminista de los últimos meses y el inicio de la pandemia. (Por llegar a 5000 contactos en las distintas redes sociales).

Requerimientos:

Agente de campo de origen mexicano con conocimientos amplios (o en su defecto deberá documentarse antes de la misión) sobre el universo que envuelve al metal satánico. Presupuesto abierto.

Objetivos primarios:

1. Hacer contacto directo.
2. Identificar la fuente.
3. Determinar nivel de influencia en su comunidad (real) y posible amenaza.
4. Enviar informe técnico, honesto y vívido cada dos días después del primer contacto.

5. Si el agente detecta una violación inminente de seguridad, deberá infectar a la fuente y al objetivo; así como sus posibles cómplices (no necesita autorización).

Objetivos secundarios:

1. Compilación de datos que escapan al monitoreo electrónico.
2. Si ha propagado información a un determinado grupo de resistencia, deberá identificar y documentar a sus colaboradores.
3. Si se comprueba una recopilación autodidacta de información (baja probabilidad), se deberán destruir expedientes y aparatos electrónicos asociados.

Tiempo estimado de infiltración: Dos meses (máximo).
Se adjuntan fotos, videos y algunos estados de Facebook/Instagram/Twitter/YouTube del objetivo.

Hilo 1. Se propone cambiar el nombre de la misión por “Operación Carcosa”

Agente designado a misión: Se omite nombre y razón social.

Umbral: Padres de origen mexicano (madre) y cubano (padre). Dominio general del español y sus expresiones más comunes.

Nivel de seguridad: 97 por ciento.

Lugar de residencia actual: Los Ángeles, California.

Situación: Divorciado. Una hija de 12 años (plenamente identificada) que está bajo la custodia de su madre (mutuo acuerdo).

Avatar para Facebook: Ungoliant Seminal (se determinó que con dos años de construcción de la cuenta era suficiente).

Nombre para gestión: Sebastián Sifuentes Márquez.

Ocupación: Serigrafía y comercio de artículos rockeros.

Calificación para esta misión: La más alta. El agente es experto en BlackMetal nórdico y cuenta con antecedentes en su adolescencia como guitarrista de una banda llamada “Carcossa”.

Calificaciones en tareas previas: Esta será su tercera misión. Las anteriores fueron satisfactorias.

Teaser de introducción: Recién llegado a la ciudad. Divorciado en Estados Unidos. Con una hija de 12 años. Se dedica al comercio de productos en conciertos y antros. Se quedó sin trabajo en Estados Unidos (construcción) y decidió invertir sus ahorros en material para regresar a Sonora e iniciar un negocio propio. Cuenta con familiares en Hermosillo (agentes listos de requerirse pantalla). Al enterarse de la escena metalera en Santa Teresa, decide ir a la ciudad fronteriza para mover sus mercancías. La asistencia a lugares que frecuenta el objetivo queda cubierta de sospechas. Hemos colocado extensiones de cabello y

tatuajes transitorios (un par de pentagramas, con el rostro de satanás dentro, en los antebrazos; cuatro nombres, con distintas tipografías, de ángeles caídos; además el número 666 en la parte inferior de su mano derecha).

Requerimientos de campo. Para cortina y verosimilitud, el agente solicita el siguiente material mínimo:

Tres discos (Vinilos o CDs) de álbumes distintos; así como camisetas originales (tallas femeninas de todos los tamaños y masculinas de la M a la 3XL), pins y artículos varios (fanzines, revistas, posters, vídeos) de las siguientes bandas. (Recordar que serán para venta. El dinero recaudado se utilizará para gastos que genere la propia misión).

Morbid Angel / Venom / HellHammer / Celtic Frost / Napalm Death / Mayhem / Dark Trone / Dimmu Borgir / Cradle of Filth / Enslaved / Gojira / Lacrimosa / Neurosis / Carcass / Death / Deicide / Sepultura / Soffocation / Moon Spell / Therion / Hypocrisy / Terrorozer / Cannibal Corpse / Brujería / Satán Maleficarium / Rencarnación / Acrania / Behemoth / Gorgoroth / Chivo Negro / Pentagrama / Arcturus / Vader / Aghast y cualquier otro asociado.

P.D. El agente viaja hoy mismo a Sonora para aclimatarse. Hará contacto con el objetivo cuando reciba el material solicitado.



Necronymous

Hace un momento

Gracias a todos por la tremenda noche del viernes pasado. Después que pase todo lo que se viene, prometemos que la diosa de las putas volverá con más estruendo y gloria. ¡Viva Zemunín!



28



Me gusta



Comentar



Compartir

Ver 12 comentarios más

Hilo 2. “Operación Carcosa”

Arribo: Todo salió como fue previsto.

Contacto 1: Se realizó de manera azarosa (lo que considero benéfico para la misión) el miércoles 11. Me encontraba solicitando un espacio en Bar Inferno, donde se reúnen los fans de la banda Zemunín, cuando el objetivo llegó al lugar. Como mero formalismo: confirmo a Necronymous como Jacinto Méndez Torres. Confirmo que es un obeso mórbido con el aspecto ya señalado en el informe.

Momento 2: Después de llegar a un acuerdo comercial con el dueño del bar (no se considera de relevancia compartir registro), me coloqué en la parte designada del inmueble y el mismo objetivo se acercó, junto con algunos de sus amigos, a observar el material a la venta. Después

de hacerme algunas preguntas sobre mi aparición en escena, el objetivo compró dos discos de la banda Deicide (las producciones más recientes) y una camiseta (la única que le quedó) de la banda Arcturus. Hablamos de música y después realizó un par de pedidos (adjunto para su envío) de bandas suizas death metal y camisetas de la agrupación Testament. Me informó sobre un evento próximo en el bar donde tocará su banda.

Momento 3: A la salida me invitó, junto a sus amigos, a beber cerveza en el patio de su casa.

Momento 4: Después de un rato hablando sobre mi llegada a Santa Teresa y mi experiencia con el satanismo en la Unión Americana, el objetivo me explicó su teoría conspiracional. En todo momento me mostré atento y le hice preguntas ingenuas a propósito. Su nivel de profundidad es amplio. Sin embargo, noté que es un repetidor. Él se encarga de propagar información, no de generarla. Por lo anterior, la sospecha que efectivamente hay una fuente detrás de él es sólida.

Observación: Es evidente que el objetivo tiene comportamientos narcisistas y es el líder de su grupo. Cuando él habla los demás callan (en este nivel de la misión no se considera relevante compartir registros de acompañantes). Se puede decir que es un gordo agradable e inteligente. Cuenta con un vocabulario amplio y divertido.

Momento 5: Quedamos mañana para ir a cenar. Me presentará a su novia y a los otros miembros de la banda.

Momento 6: Ya amanecidos y alcoholizados, el objetivo me presenta a sus padres, quienes amablemente preparan chilaquiles para todos. Nos reímos de tonterías en la sobremesa. Sus padres son cool. Necronymous me puso un apodo: “Sionista del mal”. Esto por dedicarme a vender material rockero.

Momento 7: Necronymous vomitó el desayuno por toda la sala. Los papás del objetivo me llevaron a casa, en calidad de bulto, después de limpiar el desastre de su hijo.

Hilo 3. “Operación Carcosa”

Contacto 2: Quedamos en un lugar donde venden hamburguesas al carbón (muy buenas). Adela Noruega es hermosa. Sus ojos son oscuros y enigmáticos. Como los de las niñas que aparecen en algunas pinturas de Goya.

Momento 1: Adela habla poco. Analiza las conversaciones que mantengo con su pareja. Algunas frases complicadas que refiere Necronymous son aclaradas dulcemente por ella. Sintetiza al máximo para mí la información como si pensara que no comprendo la verborrea del gordo. Sospecho que la novia del objetivo oculta algo en su personalidad misteriosa (indagaré más en su persona). Se nota que está enamorada. Observa al mantecas de una manera

clara y pacífica. Me gustaría que alguien me viera así alguna vez. Después de la cena, me invitan al Infierno pero les digo que me siento mal y que hablaré con mi hija por teléfono más tarde. La verdad es que me cargo una tremenda resaca.

Hilo 4. “Operación Carcosa”

Contacto 3: Asisto al último ensayo que tendrá Zemunín antes de su tocada en el Bar Infierno. El tema del día es la llegada de SARS-CoV-2 a México y su avance de contagios. La mayoría, incluyendo a Necronymous, se refieren a un tal López-Gatell como “el Iluminati que les está lavando el cerebro a los mexicanos.” Dicen que es “un embaucador de los grandes”. Que hasta algunos de ellos “se han dejado seducir por su encanto”. Adela Noruega y yo nos mantenemos al margen del asunto. Bebemos cerveza hasta que inicia el ensayo. (Comentario al margen: ¡Zemunín es una tremenda agrupación! De las mejores que he escuchado en vivo. Ahora entiendo el arrastre que han logrado en su comunidad).

Momento 1: Adela Noruega fuma mariguana. El humo denso del cigarrillo cubre su fino rostro de porcelana. Me pasa la droga y cuando exhalo el humo toso, toso como un principiante. Adela se ríe de mí. Vaya que tiene una sonrisa hermosa.

Momento 2: Termina el ensayo y Necronymous me pregunta si quiero seguir bebiendo. Adela me mira y en sus ojos percibo una especie de invitación. Accedo. El escenario es de nuevo el patio de la casa de los padres del objetivo. Hay cantidades fuertes de alcaloides y mariguana durante toda la noche. No se tocan temas relevantes para la misión. Esporádicamente se lanzan brindis a Satanás con botes de cerveza alzados. Los asistentes saludan al cielo alto de la noche desértica. Se habla de bandas nórdicas que pertenecieron al Inner Circle. En un punto de la madrugada, cuando Necronymous y uno de sus amigos van a conseguir cerveza de aguaje (lugar clandestino en el que venden alcohol después de las horas legales), Adela aprovecha que nos quedamos solos y me besa. Inmediatamente después me cuestiona si creo todo lo que su novio dice. Le digo que no en todo pero muchas cosas me parecen interesantes. Adela me toma con sus manos la cara y dice: “la verdad es interesante, cariño”. Después nos besamos de nuevo, sólo que ahora es doloroso y tierno al mismo tiempo.

Momento 3: Cuando llega el objetivo me pregunta por qué razón hay sangre en mis labios. Le digo que me rasgué con una rama cuando fui a orinar debajo de aquel árbol en su patio. “Ya ando muy pedo”, excuso. El panzón observa

a Adela que a su vez observa el cielo. ¡Es tan hermosa! El viento fresco de la madrugada eriza mi piel.

Momento 4: Al amanecer, los padres del objetivo nos invitan a desayunar de nuevo. Apenado, les digo que ya he pedido un Uber. Me pongo paranoico y lo atribuyo a la droga. Creo que he puesto en riesgo la misión. Necronymous me mira con ojos de loco. Quizá sea cristal, pienso.

Momento 5: Sueño con Adela. Son sueños extraños. Eróticos y confusos. Hablamos de tantas cosas. Cuando despierto siento que la realidad es falsa. Que el sueño en el que estaba hace rato con Adela es la verdad.



Necronymous

2 días

Consummātum est. Amigas y amigos que me han contactado. Les envié el suficiente material para que sus conciencias despierten. Habrá una gran purga. Así como me adelanté a muchos hechos se los digo por última vez: las medidas de control que están tomando tus autoridades no tienen nada que ver con el virus. EL VIRUS NO EXISTE. Si todavía no me crees, espera que te quedes sin trabajo, sin dinero. En ese momento recuerda a tu viejo amigo Necronymous. Yo mismo estoy padeciendo síntomas disque del coronavirus. Alguien ha dirigido las ondas de alguna antena 5G a mi persona. Sospecho que me están siguiendo. Desapareceré

de este otro medio de control que son las redes sociales por un tiempo. Volveré más fuerte y delgado. No eches en saco roto esto que te digo: si te acercas a mi padre Satán nunca te faltará nada. Serás libre. Construiremos juntos una sociedad alterna. ¡Te pido que no dejes que te laven el cerebro! ¡RESISTENCIA NO OBE-
DIENCIA!



3200



Me gusta



Comentar



Compartir

Ver 432 comentarios más

Hilo 5. “Operación Carcosa”

Contacto 4: El objetivo no ha estado disponible después del concierto (que estuvo genial). Adela Noruega, su ex (no es necesario documentar elementos personales) me llama para informarme que el gordo enfermó. Me dice que yo soy un contacto sospechoso. Quiere saber si me he sentido mal. Le digo que no. Que estoy bien y le pregunto si quiere que nos veamos.

Momento 1: Adela dice que me visitará en otro plano astral. Que hoy no puede verme en la materia.

Momento 2: No había tenido sueños tan alucinantes como estos en los que ahora me visita Adela (no es necesario compartir sus contenidos).

Hilo 6. “Operación Carcosa”

Contacto 5: El objetivo ya no importa. Me comunico ahora con la fuente.

Momento 1: El gordo ha sido ingresado a terapia intensiva. Lo han intubado. Adela me ha enviado un mensaje telepático. Por ese mismo medio ha estado alimentándose con información que hasta ahora me ha sido difícil procesar en un ordenador. Espero poder hacerlo en el próximo hilo.

Hilo 7. “Operación Carcosa”


Contacto 6: El objetivo ya no importa. Me comunico ahora con la fuente.

Momento 1: Registro esto como un contacto directo porque después de 15 días sin poder acercarme a Necronymous, Adela ha venido, por fin, a casa. Ella es ahora mi contacto. Después de hacer el amor como animales, Adela cobra su verdadera forma. “Contigo me siento en confianza, como en el bajo astral al que pertenezco”, dice. Aun así estoy ante la belleza más primordial de la que he sido testigo. Comprendo que la fuente es lo más importante. Pero más importante aún es la fuente de la fuente. Desde ahí me piden que les envíe un mensaje: ¡púdranse!

Hilo 8. “Operación Carcosa”

Contacto 7: Las compuertas se han abierto para mí.

Momento 1 (último): Sé que irán por mi hija. De cualquier manera ella no tiene remedio. Sé que me buscarán

hasta en el infierno. Sin embargo, cuando obtengan este informe ya estaré al lado del Adversario. Adela es . Espero que caiga su farsa. Como mensaje final me resta darles las gracias. Nunca pensé que esta misión fuera para mí una incorporación al verdadero orden. Al que siempre soñé servir.



Fotografía de Patricia Villegas

Primera fase, después del 8M

Pamela Salinas Parra

Estaba montada en la ola del 8M y en el paro del 9M. Sentía que el feminismo en México, diverso, confrontado, con un relevo generacional imparabile, estaba dominando la agenda política, mediática y social. Entonces, el bicho que había paralizado China, comenzó su paso por Europa y estaba aterrizando en México con apenas unos tres casos sospechosos en el norte del país.

Mientras un proyecto de televisión con varias mamás se estaba gestando desde las últimas semanas de febrero,

saldría al aire el 23 de marzo, comenzaron las compras de pánico del papel higiénico y del desinfectante más común: Lysol.

Mi vida seguía su curso, consultas a mamás en hospitales y casa, el proyecto de televisión; con reuniones, pruebas de maquillaje, planeación de contenido y fotos. Llegó el sábado 14 de marzo, día del ensayo en el estudio con teleprompter. Al salir, cuando festejábamos lo bien que íbamos, apareció en redes la noticia anunciada por el secretario de Educación Pública, Esteban Moctezuma, sobre la suspensión de clases a partir justo del 23 de marzo.

Salí de la televisora con una mezcla de frustración porque intuía que todo sería pospuesto y de preocupación porque la decisión de sacar a las y los estudiantes de los salones indicaba que venía algo mucho más grave de lo que estaba asumiendo. Había mantenido la calma hasta entonces. Le decía a mis cercanos y cercanas que no era necesario caer en pánico y sólo debíamos estar más en modo vigilante para ver cómo se desarrollaban los sucesos.

Más de 20 años en el periodismo me entrenaron bien para no “calentarme” a la primera con la información, para dar un paso atrás y tratar de ver la historia completa, enfocarme en el desarrollo de la historia e ir recabando datos duros de fuentes fidedignas. Hasta ese momento lo que ha-

bía era mucho ruido y paja (como siempre en las redes) y poca información real.

Aunque la suspensión de clases comenzaba la última semana de marzo, el papá de mis hijos y yo decidimos que si las cosas estaban en esos términos lo mejor era que desde el 17 de marzo se quedaran en casa. Ahí fue cuando comenzó nuestro confinamiento familiar. Mi hijo mayor es asmático y debíamos protegerlo a costa de todo. Sus hermanas son muy sanas pero podrían ser portadoras y era un riesgo que no íbamos a tomar. Además, mandamos a nuestra asistente doméstica a su pueblo indefinidamente y con sueldo garantizado.

Los primeros días se nos fueron en tratar de disfrutar el encierro, horneábamos, hicimos nuestras primeras mermeladas, pastel de chocolate, pan de plátano, galletas de chispas de chocolate, pay de limón, pizza en casa, pasta casera. Yo quise ser eficiente cocinando en grandes condiciones y guardando comida.

Pero llegaron las clases a distancia, las primeras semanas a través de plataformas digitales en donde se marcaba la actividad para hacer. Suena sencillo pero ahí fue donde la burra torció el rabo, como decía mi abuelita: no me convertí en la maestra de mis hijos; mi función era y sigue siendo (en este día casi indefinido del conteo) una facilitadora. Solamente esa labor requiere tanto tiempo y atención de mi parte que,

debo decir sin pudor, que muchos días comíamos a las seis de la tarde porque estaba con mis dos hijas tomando fotos de sus actividades para luego subir a la plataforma la evidencia. Dividía mi tiempo entre la actividad de una de ellas en libros o cuadernos y la actividad digital de la otra. El mayor por fortuna tenía una computadora propia y aprendió a gestionar sus actividades y tareas solo.

Fueron semanas de estrés, de sentirme revolcada por una ola tras otra tras otra. Estuve en pijama hasta las dos de la tarde porque apenas daba tiempo de levantarse, desayunar, levantar la mesa, ponernos a atender la escuela durante cuatro o cinco horas, salir a la papelería por impresiones, hojas de colores, etcétera. Hasta que terminábamos entonces podía ponerme a preparar comida, y luego lavar trastes y luego trapear y luego pensar en la cena y luego prepararla y luego volver a los trastes.

Sobrevivimos y llegó Semana Santa. Dos semanas sin escuela y, entonces, el proyecto de televisión se convirtió en proyecto digital y saldría justo en esas fechas, una emoción alegre en medio de tanto desconcierto. Durante las dos semanas de vacaciones mis críos estuvieron con su padre. Pude descansar pero había que seguir comiendo tres veces al día, lavando trastes en esa misma proporción, ordenando. La presión colectiva de: “sé productiva con tu tiempo” bajó el estrés de cuidar y atender criaturas

y subió la ansiedad, sobre pensar en el futuro, la economía, alucinar que tenía Coronavirus apenas abría las ventanas y comenzaba a estornudar. ¡Qué cansancio mental!

Ya han pasado otras tres semanas desde que retomamos las actividades escolares en casa. Ahora estamos con el proyecto de #MadresTV cada martes e implica una planeación desde la semana previa.

Cuando escribo este texto cuento 52 días viviendo en confinamiento. Tengo ya varias certezas: el trabajo doméstico recae 90 por ciento en mí (aunque mi hijo de 12 y las niñas de 6 y 8 son súper colaboradores dicho sea de paso). Además mi lista se completa con la planeación de obtener víveres, labor de cuidados, gestión de emociones propias y ajenas, atención a mis pacientes a distancia, junto con clases y talleres, el programa de televisión y, en estos días que llega el pico más alto de contagio en México, comienzo a cursar el primer semestre de Sociología en la UNAM. En noviembre, cuando hice todo el trámite, nadie en el mundo habría podido decirme que íbamos a continuar con nuestra vida pero encerrados por cuatro meses, tratando de no enloquecer de miedo, cansancio físico, agotamiento mental y con un estrés postraumático cuando todo esto acabe.

Del 8M y 9M ya nadie habla.



Fotografía de Patricia Villegas

El factor Gatell

Karina Almaraz

En marzo entré a trabajar a una redacción y apenas tenía dos semanas ahí, cuando nos mandaron a trabajar desde casa para evitar contagios de COVID-19 (*Coronavirus disease 2019*).

En ese encierro me sorprendió ver, a través de las redes sociales, lo sincronizados que estamos, lo nada únicos que somos: todos tenemos insomnio, no usamos zapatos ni pantalones, ya no aguantamos el pelo desarreglado al grado que se puso de moda raparse, todos compramos tonterías en línea e incluso hemos llegado a cocinar lo mismo los mismos días.

En esa fascinación con nuestra propia banalidad estaba cuando Jaime Mesa me invitó a escribir sobre la cuarentena. Me dijo que buscaban dejar memoria de estos días y que la visión de una periodista servía para eso. Aunque

no sabía cómo hacer un texto que no fuera una nota, tenía claro que había que dejar constancia de este momento como fenómeno colectivo.

Para mí, además de compartir el terror porque ya no hay cerveza, logramos conectarnos masivamente a través de las conferencias diarias del subsecretario de Prevención y Promoción de la Salud, Hugo López-Gatell Ramírez (también conocido como El Novio de México).

El hombre ha estado al frente de la estrategia contra el COVID-19 desde enero. Nadie lo peló mucho hasta que llegó la cuarentena (el quédate en casa o el muyedulco-rado aislamiento social, yo prefiero la carga de la palabra cuarentena).

Y en sólo seis semanas hemos tenido un affaire con él que habría pasado a la historia sólo como una gran anécdota sobre el síndrome de Estocolmo que padeció una vez el país (que, por cierto, todos los países están sintiendo). Pero al final, Gatell se ha revelado como un activo político de Morena, sobrepasando su ser científico, y sus conferencias, desde mi obsesivo punto de vista, son un espacio de análisis periodístico excepcional.

Al principio, las vimos porque no había nada que hacer y pues, trataban el tema que nos tenía encerrados. Luego las vimos porque carajo que es bueno explicando. Otros llegaron a ellas porque ya empezaban a circular memes

sobre su infinita paciencia con los periodistas y sobre el tremendo enamoramiento que tenemos con él.

Como periodista, debo confesar que las conferencias me hicieron sentir vergüenza por mi gremio, no por motivos que desconozca: salvo muy honrosas excepciones, sé que lo ejerce gente que no sabe formular preguntas porque no entiende lo que lee (cuando lo hace); los periodistas no somos expertos en nada, por supuesto, pero muchos no se toman la molestia de investigar un poco antes de aventurarse tras la nota. Ya ni decir que a muchos no les importa sustentar con datos lo que afirman (o lo que dudan).

De cualquier modo, cada conferencia me parecía una oportunidad para entender qué cosas deberían cambiar si queremos ser mejores periodistas. Vimos que los reporteros necesitan urgentemente aprender sobre federalismo para no preguntar si los gobernadores tienen facultades que sí tienen, por ejemplo.

O que unos cursos de biología o mínimo leer en Wikipedia qué es un virus haría un paro antes de ir a las conferencias. Y qué decir de lo que falta aprender sobre derechos humanos, del cual la salud es uno y que eso no implica que enfermar sea un crimen (así que basta, Blanca, no nos van a reprimir por salir a la calle).

Pero si algo se reveló urgente, que además sirve para todo en periodismo, es que aprendamos estadística. ¡Estábamos cubriendo una pandemia y hubo quien dijo que la epidemiología ni siquiera es una ciencia exacta!

Y fue la estadística la que terminó por esculpir la figura política de López-Gatell.

No lo conozco, me habría gustado entrevistarlo. Pero a través de las conferencias se reveló que es un gran científico. Y un excelente funcionario: comprometido con la justicia social, uno que pone la técnica al servicio de la patria, literalmente (como dice el lema del IPN, aunque Gatell es puma y estudió en Johns Hopkins). Un comunicador excepcional.

Educado, atento, paciente. Muy paciente. San Gatell. Los periodistas le preguntan diario lo mismo y él, como Sísifo, cada noche responde otra vez: “Gracias por su pregunta, me permite explicar de nuevo lo que ya dije”.

Las conferencias tenían un ritmo de telenovela, con Gatell como un galán que rompía todos los estereotipos, una coprotagonista que representa cabalmente a las mujeres de este país, la Jefa Fabiana; con un fiel amigo como Alomía, un maestro y guía como Alcocer. Y por supuesto, un villano: Javier Alatorre, el temible títere de Salinas Pliego.

Estas conferencias le dieron una exposición pública envidiable para cualquier político, hay quien lo cree un presidenciable (yo lo dudo, pero puede ser secretario de Estado o hasta Jefe de Gobierno en CDMX), y claro, lo convirtieron en el target perfecto de los ataques contra el actual gobierno.

Un día explicó el Modelo Centinela de Vigilancia Epidemiológica, un modelo estadístico usado para monitorear el avance de la pandemia en el país.

El Modelo Centinela, según yo, existe porque México es un país que no puede pagar pruebas virales y la estadística es útil para medir sin gastar tanto.

Gatell por supuesto jamás dirá que es por el dinero. Él señala que el método es útil para poder monitorear lo inconmensurable. Si quieren saber cómo funciona el Modelo Centinela, pueden ver en Youtube las conferencias del 8 de abril o la del 3 de mayo.

Debo resaltar lo que dijo el 8 de abril: que los casos que presenta como confirmados es gente a la que se le hizo la prueba. El Modelo Centinela estima, a través de múltiples variables, que por cada confirmado hay más gente que está enferma. Incluso dijo que el 8 de abril, se estimaban 8.2 casos más por cada confirmado.

Ese número es un factor variable y cambiaría a lo largo de la pandemia, nos dijo. También dijo que él lo actualiza-

ría. Ese día, presentó 3 mil 181 casos confirmados de COVID-19 en México que multiplicados por el factor daban 26 mil casos estimados.

Creo que explicó el modelo por dos motivos: se dio cuenta de las carencias estadísticas del gremio y además lo criticaban por “no hacer suficientes pruebas”. Sin embargo, la explicación sólo sirvió para redefinir las críticas.

Hubo quien quiso colgarse de ese número para decir que nos ocultaban datos, que la pandemia era más grave... Al principio parecía que esas cosas se decían porque el periodismo está muy mal desde sus reporteros hasta sus grandes figuras, que no saben nada de estadística. Pero no es así, el periodismo está mal porque sí saben todo de amarillismo y golpeteo.

Después, Gatell no actualizó el dato como dijo que lo haría y tampoco lo hizo cuando se lo preguntaron. No cabe aquí un repaso del tema (vean las conferencias del 29 de abril al 3 de mayo) pero diré que eso fue muy complejo porque no le preguntaron por ignorancia estadística, sino por estrategia política: necesitaban que él dijera el número, que es alarmante, para poder decir que en México hay cientos de miles de casos no confirmados de COVID-19 (o sea, quieren usar sus números en su contra).

El tema es que la gente interpretó la pregunta y la insistencia en ella como ignorancia de la periodista que pre-

guntó, la muy estimada Dulce Soto. Atacaron a la prensa en general como golpista, ignorante.

Yo defendí la necesidad de que el dato se transparente y la parte que me tocó del *crush* con Gatell se rompió al verlo exhibir a la reportera en televisión y dar vueltas para no responder. Dejó de ser un excelente científico preocupado por comunicar y se configuró como un político que oculta datos (de un modo excepcional, sin duda, hay quien afirma que sí contestó la pregunta cuando no lo hizo).

Sin embargo, repito, el dato es irrelevante, porque no importan los casos estimados, lo que importa es que no tenemos una crisis en los hospitales: sí ha habido brotes, contagios, muertes, pero no estamos desbordados.

Sin el dato, se incrementaron los ataques a la estrategia. En sólo dos días he visto a gente que analiza datos en su trabajo, decir que es contradictorio aplanar la curva de contagios y tener un pico máximo (no es contradictorio y lo saben: si el total de contagios se da en poco tiempo, tienes un pico altísimo, si se dispersan en el tiempo, hay un pico en una curva aplanada).

Una odontóloga comparó a Gatell con Mengele. Un analista de seguridad destacó que México tuvo en un día, en su punto más álgido, los mismos muertos que tuvo Italia, que va de bajada.

Puro manoseo a los datos, a la estadística. Me duele porque soy la periodista más ingenua y creo que deberíamos ser objetivos. Por eso mi *crush* se quebró: porque Gatell abandonó su papel de científico ocultando un sólo dato irrelevante para defender un proyecto político.

Y sin embargo, eso no importa. Escribo esto la primera semana de mayo y estamos en el mejor escenario posible para una pandemia. Y fue gracias a un médico que cada noche nos pedía que nos quedáramos en casa. Un día, a pesar del enorme esfuerzo de mi gremio por humillarlo, reconoceremos que el factor Gatell nos salvó de nuestra propia estupidez.



Fotografía de Patricia Villegas

Nadia y la cuarentena

Erick Muñiz

Primera etapa

Siempre tuve una extraña debilidad por rescatar gatos maltratados, y cuando conocí a Nadia me dio la impresión de que tenía esa misma mirada felina, huidiza y desconfiada, de quienes conocen los abismos de las relaciones tóxicas y turbulentas.

Esperaba el tranvía en una avenida de Coyoacán tan transitada que todos éramos anónimos y, sin saber exactamente por qué, ella me llamó la atención.

Llevaba a cuestas una mochila enorme que parecía más pesada bajo el inclemente sol de marzo, el cual nos obligaba a guarecernos bajo la escasa sombra de un flamboyán.

Como yo llevaba lentes oscuros pude estudiarla sin temor de que me descubriera.

Menuda, de ojos grandes y cabello corto negro que contrastaba con la blancura de su rostro. Las facciones finas y el gesto adusto le daban un aire de princesa encabronada que completaba con unas botas de minero, ajustadísimos jeans y una camiseta con una foto de Les Luthiers.

—¿Cuántas casualidades deben ocurrir para que a una veinteañera como tú le guste un grupo como Les Luthiers? —le dije, adoptando un aire casual y despreocupado tipo “no estoy ligando, soy un tipo confiable con quien puedes charlar unos minutos”.

Ella se volvió hacia mí, se quitó los minúsculos audífonos que yo no había visto y lanzó un demoleador “perdón, ¿me habla a mí?”.

—Preguntaba sobre tus gustos musicales —dije apenado, tratando de salvar el momento.

—Ah... Pues de todo. Tom Jobim y Óscar Chávez, Juan Gabriel y Los Beatles. Pero ahorita estoy escuchando “November rain”, de Guns N’ Roses, una de mis favoritas —explicó con una sonrisa amable que me animó a proseguir la charla durante los siete minutos que tardó en llegar el tranvía que ella esperaba, atestado de sudorosos y agobiados pasajeros.

Soy un fiel creyente de que el destino nos lo construimos no sólo en las grandes decisiones, también en las pequeñas y medianas, como esa tarde que decidí cambiar de planes y subir a la misma ruta que ella, aunque yo llevaba diferente rumbo.

Me tomó 50 minutos, 19 cuadras y doce paradas más convencerla de volvernos a ver para prestarle un libro y una guitarra, que tendría que apresurarme a conseguir porque nunca había tenido una.

Segunda etapa

Nadia era una lectora voraz igual que yo y eso nos acercó mucho, pues el intercambio de libros y de interesantes anécdotas, que yo me aprendía de Wikipedia para impresionarla, fueron construyendo un lazo literario que se fortalecía en casa mensaje y llamada que compartimos.

Después de la cuarta cita, tres comidas, una cena, una ida al cine y otra a un museo, finalmente aceptó ir a mi departamento, dominado por tres gatas y el fantasma de mi última relación, la cual duró 17 meses y seis días.

Seguramente tuve tiempos felices, pero cuando pienso en mi ex, sólo me llega la imagen de cuando la encontré en nuestra cama con su mejor amigo, quien no sólo estaba montando en ella, sino que además se bebía mi whisky favorito.

Pero ya había pasado un año ¿quién se acordaba de eso?

Nadia se quedó a dormir esa noche. El siguiente fin de semana también y el jueves posterior pasó dos días completos conmigo.

Afuera el mundo se volvía loco con la amenaza de un nuevo virus que contagiaba gente a una velocidad vertiginosa.

La psicosis de la pandemia —y lo confieso con algo de vergüenza— para nosotros fue el inicio de una maravillosa luna de miel porque la misma semana en que las autoridades en México ordenaron el confinamiento social, le propuse a Nadia que se quedara conmigo durante esa incierta cuarentena y ella aceptó con mucho entusiasmo.

Una noche de lunes o de viernes, la cual animamos con vino tinto y mariguana, le conté de la traición que sufrí y ella me confesó que también estaba huyendo de sus propios traumas: Un hombre que durante dos años la llenó de amor, comprensión, pasión y alegría, pero nunca le cumplió la promesa de divorciarse.

—Yo lo que quiero es sentir que tengo algo mío, no compartido con nadie, sino solamente mío ¿me entiendes? —me preguntó con esos ojos felinos que se volvieron un abismo insondable, al cual me lancé de cabeza sin pensarlo un segundo.

Dejé el cigarrillo en el cenicero para poder abrazarla contra mi pecho y decirle que yo iba a devolverle la seguridad y la confianza haciéndola sentir amada y, por supuesto, que todo lo que estaba en ese departamento era de ella, incluido yo y hasta las gatas.

Nadia lloró bajito y después de darle un sorbo a su copa me hizo el amor de forma dulce y tierna, como el ronroneo de un gato, como dándome las gracias al compás de “November rain” que se repetía una vez más en el *playlist* de su teléfono junto con Jobim y Beatles y Óscar Chávez y Juan Gabriel.

Tercera etapa

La sexta semana de confinamiento, cuando todo mundo en nuestras redes sociales hablaba del hartazgo y la necesidad de volver a la normalidad, coincidió con el cumplea-

ños número 22 de Nadia, y decidí esforzarme para que le resultara inolvidable.

Un pastel, un libro de Eduardo Galeano y una guitarra acústica Fender acabaron con un mes de mi salario, pero valió la pena sólo por la forma como abrió los ojos cuando le mostré sus regalos sorpresa. Saltó a mis brazos, me dio un beso y me inventó un nuevo apodo. Estaba feliz.

Esa noche accedí a cantar algunas canciones con ella y me maravilló la forma como cerraba los ojos para entonar “perdón, vida de mi vida... perdón si es que te he faltado...”.

Confirmé que era una chica solitaria porque sólo recibió cuatro llamadas. Una de ellas no la quiso contestar y prefirió mandar un mensaje. Bebimos con mucho ánimo y finalmente me permitió hacerle fotos a su espléndida desnudez. Nos quedamos dormidos en la alfombra de la sala, entre ceniceros repletos y una botella de tinto a medio vaciar.

Al día siguiente me desperté y la llevé a la cama, donde pidió “cinco minutos más de sueño”. Eso significaba al menos una hora en su lenguaje particular.

Me puse a recoger los restos de la velada y a preparar el desayuno cuando escuché en la radio al doctor Hugo López-Gatell, el epidemiólogo que se volvió famoso por salir en televisión más que el mismo presidente, anunciar

a todo el país que estaba por terminar la cuarentena. Fui apresurado a despertar a mi musa para darle la buena noticia.

Abrí la puerta y me sorprendió verla despierta y al teléfono. Con un gesto me pidió privacidad y regresé a la cocina con la sensación de que Nadia iba a darme información todavía más impactante que la que yo le iba a compartir.

Aplanar la curva

Cuando Nadia se fue caía una lluvia mansa y serena, como los besos que me daba después de que le provocaba un orgasmo: lánguidos y prolongados.

Ella ya sabía que esa sería la última tarde que estaríamos juntos en lo que hasta ese momento era nuestra casa. Quizá por eso estuvo tan callada toda la mañana y no quiso que saliéramos a caminar un poco, como usualmente hacíamos después de comer.

No me dijo nada ni yo le pregunté. ¿Para qué? Después de un par de llamadas misteriosas empezó a evadirme, a sumergirse en prolongados silencios que para mí eran como si me gritara en la cara “ya no quiero estar aquí”.

Eran casi las seis cuando me metí a bañar y al salir me di cuenta que ella estaba sentada en la sala, con su mochila y la guitarra al lado de la puerta.

Fui a la recámara para mirar discretamente sus dos cajones vacíos. Noté que estaba detrás de mí hasta que escuché su voz “Ya me voy. Te lo iba a decir antes pero no sabía cómo”.

Me quedé mudo, sin voltear. Empecé a secarme y a vestirme despacio esperando que se acercara a abrazarme y darme un beso. Mi mente trabajaba a máxima velocidad buscando argumentos para lograr que se quedara, para convencerla de que me diera tiempo o al menos de digerir la explicación que seguramente me iba a dar.

Pero no dijo nada ni se acercó. Salió de la recámara y la escuché bajar las escaleras. Esperé un par de minutos y me asomé a la ventana para mirarla partir. Se veía hermosa, imponente y empoderada atravesando la cortina de agua rumbo a la avenida.

En la orilla de la banqueta navegaba rauda la basura y ella pisaba sin preocupación los charcos con sus botas de minero. La gente corría buscando refugio de las gotas y yo inmóvil quería también guarecerme, pero no sabía bien cómo y mucho menos de qué.

Las gotas se estrellaban en la ventana y resbalaban parsimoniosas como en una carrera de minúsculas tortugas.

Ese era uno de nuestros pasatiempos favoritos, mirar la lluvia sin mojarnos. Generalmente me colocaba detrás de ella, la abrazaba y le hablaba despacio al oído y, sin importar si nos poníamos profundos o cursis, terminábamos desnudos.

Entonces me di cuenta que Nadia no llevaba paraguas y pasó por mi mente alcanzarla para darle el mío, que siempre se mantenía en posición de firmes detrás de la puerta. Ya compraría yo otro en la primera oportunidad.

Estaba por abrir la ventana para gritarle “¡llévate el paraguas!” cuando advertí una camioneta deportiva acercándose a ella desde la esquina; la conducía un hombre quien, sin importarle el aguacero, se bajó a darle un prolongado beso y luego se la llevó.

Me quedé un poco más tranquilo. Al menos Nadia no iba a necesitar el paraguas y yo sí, porque ya sentía la tormenta que se avecinaba.



Fotografía de Patricia Villegas

